

48
horas



Argumento de
E. Benítez del Castro

Ana Mariscal

Enrique Guitari



foie de Batte gurgins

108

48 HORAS

Jose de Batlle y Garqun

1754

500

Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

48 HORAS

Según la novela de
Cecilio Benítez de Castro

Adaptación y diálogos de
José León

Guión y Dirección:
José M.^a Castellvi

Producción:

EDICI

Rambla de Catalunya, 118
Barcelona

Principales intérpretes:

ANA MARISCAL
ENRIQUE GUITART
MARY DELGADO
ALEJANDRO ULLOA
RAÚL CANCIO
GUILLERMINA GRIN

PROHIBIDA LA INTRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

48 HORAS

Argumento de la película

Al vuelo habían lanzado las campanas su canto de alegría. Los graves acordes del órgano ejecutaron la Marcha Nupcial de Mendelssohn. El templo, resplandeciente de luces, saturado de aromas, brillaba con el doble fulgor de las lámparas y las joyas y estaba embellecido con la doble hermosura de las flores y de las mujeres bonitas que asistían a la ceremonia.

En la calle, los curiosos se agolpaban a ambas partes de la puerta, amontonados, no dejando paso a nadie los que estaban en primera fila, pugnando por avanzar un paso más los que estaban en segundo término y entorpecidos donde podían los que, ya en tercer lugar, casi no alcanzaban a ver más que las cabezas de los que tenían frente a ellos.

Momentos de indescriptible curiosidad aquellos. ¡Los novios iban a salir del templo, después de recibida la bendición sacerdotal! ¿Sería bonita la

novia? ¿Iris bien vestida? ¿Tendría la cara pálida por la emoción? ¿Sonreiría o estaría llorosa? ¿Y el novio? ¿Sería un apuesto galán? ¿Joven? ¿Maduro? ¿Osoño?... ¿Cómo serían aquellos nuevos esposos que cargaban con tanta alegría en sus hombros la cruz del matrimonio?

Los novios aparecieron: ella era bonita entre las bonitas; vestía con irreprochable elegancia; sonreía feliz mirando a su esposo: él era un galán apuesto, guapo, elegante, perfecto: un galán de película, se dijeron todas las muchachitas que, unas sobre la punta de sus pies y otras desde lo alto de sus zapatos de corcho, atisbaban el paso de los novios.

Carlos y Cristina, cogidos del brazo, marcando el paso al compás de la música que los acompañaba, bajaron la escalinata del templo, mirándose, sonriendo, con esa sonrisa de beatitud que denota la más perfecta armonía y

la más absoluta felicidad unida a la seguridad profunda de que tal felicidad no ha de romperse nunca, porque ellos se amarán toda la vida como se aman hoy y vivirán siempre tan unidos y dichosos.

Pero... he aquí que apenas hubieron llegado, los novios y su séquito, al restaurante donde iba a celebrarse el banquete de bodas, un hombre menudo, con gafas enormes y expresión asustada, llegaba junto a los novios y se acercaba nerviosamente a Carlos, poniendo en sus manos un telegrama.

Detenidos los novios por aquel imprevisto incidente, toda la comitiva quedó también detenida en el lujoso comedor. Carlos miró el telegrama, miró a su secretario, que era el que se lo había entregado, sonrió a su novia... ¡perdón, a su esposa, pues aun le costaba trabajo pensar en Cristina como en su mujer propia!... y, creyendo que con aquella sonrisa le había ya pedido permiso para leer el telegrama, lo recorrió en un segundo, cambió de expresión y murmuró con acento impresionado:

—¡Carambola!... ¿Cuándo ha llegado esta noticia?

—Ahora mismo—replicó el secretario.

—¿Es cosa seria?—inquirió el nuevo suegro, el orondo don Rosendo, acercándose un poco más a los novios.

—¡Vaya! ¡Qué oportunidad! — exclamó Cristina, que tenía grandes trabajos para recoger su cola.

—¡Esta jugada de Bolsa puede arruinarme!—siguió diciendo el novio, que se iba acelerando a medida que hablaba—. No tengo más remedio que salir para Milán inmediatamente.

—Pero ¿ahora mismo?—preguntó el suegro, mirando con ojos muy abiertos a su yerno.

—¿En el día de nuestra boda?—preguntó a su vez Cristina, con acento de encontrar inconcebible que en el día de su boda pudiera haber algo más importante que atender.

—Sí... ahora mismo... Haremos nuestro viaje de novios a Milán—dijo Carlos, encontrando solucionado prontamente el conflicto.

—¡Ah, no! ¡Teníamos acordado ir a Lisboa!—replicó Cristina, levantando la cabeza con altivez.

—Las acciones de las minas se han hundido en Milán... y es a Milán a donde debo ir en estos momentos.

—Yo no tengo la culpa de esto... ¡Yo no voy más que a Lisboa!—exclamó la novia con tenacidad.

—¡Irás a Milán conmigo!—ordenó el marido, queriendo ejercer, ya desde el primer instante, su derecho marital.

—¡Yo quiero ir a Lisboa!—replicó Cristina, que no quería que ya desde

el primer momento se pisoteaba su voluntad de mujer.

—¡A Milán!—insistió Carlos, agitando en sus manos el telegrama.

—¡A Lisboa!—perseveraba Cristina.

—¿Pero habrías visto terquedad semejante?—dijo Carlos, que comenzaba a exasperarse, pues no era hombre paciente para las contradicciones.

—¡Alta ahí!—gritó el suegro, como si le hubieran herido a él directamente con un estilete—. Aquí no hay terquedad ninguna.

Se iban agriando las voces y se iba poniendo negro el ambiente. El secretario fruncía los labios e intentaba silbar alguna tonada que no lograba recordar, y movía la cabeza impaciente al ver que su amo iba subiendo de tono la voz y se iba exaltando cada vez más.

—Sólo disponemos de media hora para llegar al avión—dijo el secretario, después de haber consultado su reloj y queriendo cortar pronto la discusión.

—Está bien... No tengo tiempo para discutir... Ya lo han oído: sólo me queda media hora para alcanzar el avión. ¡Me iré solo!—afirmó Carlos, decidido.

—¿Te irás solo?—inquirió don Rosendo atónito.

—¿Solo?...—indagó Cristina, escandalizada.

—Solo... ¿Vienes a Milán?—preguntó Carlos a su mujer en tono de "ultimátum".

—¡A Lisboa!—contestó ella, impericrítica.

—Perfectamente... don Rosendo, aquí tiene usted a su hija... Abriguela bien cuando llegue el invierno...

—Pero, oye, yerno...

—¡No puedo oír nada más!... Se me hace tarde... Vamos—dijo Carlos, cogiendo del brazo al secretario y desapareciendo hacia la calle.

—Pero... don Carlos... oiga...—murmuró el señor bajito de las grandes gafas mientras seguía haciendo esfuerzos inauditos por recordar cierta tonadilla... cierta tonadilla que había volado de su imaginación como por encanto—. ¡No, eso no, eso no!—se decía el hombrerito de las grandes gafas, desesperado de no encontrar el aire que buscaba.

—¡Déjame en paz y vámonos!—rugió Carlos que estaba hecho un tigre.

Subieron los dos al taxi en que llegara el secretario y emprendieron una veloz carrera.

La novia se quedó desconcertada, miró a su padre que estaba junto a ella, y llorosa, murmuró:

—¡Papá!...

—¡Ese loco!... ¡Qué espectáculo!...

—¡Papá!—volvió a suspirar Cris-

lina, haciendo pucheros para no romper a llorar.

—¡Hija de mi alma!—dijo don Rosendo abriendo los brazos para amparar en ellos a la novia desdichada.

Cristina iba a arrojarse a ellos, pero después de mirar en torno suyo, reaccionó y dijo, poniéndose sobre sí:

—¡No, escuchitas no, papá!

—Ven conmigo, hija, en casa llorará mejor...

Cristina recogió bien su falda, arrojó al rostro de su padre el ramo de flores que llevaba en la mano y dijo:

—Yo lloro bien en todas partes...

Pero tengo mi casa, y quiero llorar en mi casa. ¿Es que no puedo llorar en mi casa?

Al fin, creyendo que su deber era poner término a aquel estado de cosas, cogió el ramo como el fuera un niño recién nacido, y... dió el "duelo" por despedido.

—¿Se nos ha agitado el banquete?

—suspiró uno de los invitados.

Y había un acento tan melancólico en su voz que los que le escucharon sintieron que el estómago se les contraía dolorosamente.

Carlos había llegado justo al salón para poder tomar el avión que iba a Italia. Llegó precipitadamente, vestido con su chaqué y su sombrero de copa, acompañado de su secretario, al que había dado tantas órdenes du-

rante el trayecto que estaba el pobre atardido y mareado y ya no sabía qué era lo que debía hacer.

—Ya sabes, mis maletas... —le decía Carlos, mientras se encaminaba al avión.

—Las facturo a la Sociedad Carbonífera...

—¡No, hombre no! ¡Te he dicho que a Milán!... Y mandas las acciones de la "ETEA" y las obligaciones de la "FIRCA"...

—Sí, señor, a Milán—replicó el secretario cada vez más aturullado, mientras seguía buscando en su memoria aquella tonadilla rebelde que se le escapaba como si fuera un duendecillo malicioso.

—No, hombre; las maletas a Milán...

—A la "Sociedad Carbonífera"...

—¿Pero es que te hablo en chino?

—¡Ah, no, a Lisbea!

—¿Te has vuelto idiota?

—Eso es, sí, señor...

En aquel instante, descompuesto, pálido, sudoroso, apuradísimo, llegó don Rosendo, quien se dirigió a Carlos en actitud melodramática y le dijo, casi con lágrimas en los ojos:

—¡Pero Carlos, yerno de mi alma!... Por la salud de tus hijos... si algún día los vienen... ¿Vas a marcharte de este modo? ¿No es demasiado pronto para

dar disgustos a tu mujer?... ¡Haber esperado más días, caray!

—¿Usted me faltaba! — murmuró Carlos malhumorado hasta lo indecible, mientras comenzaba a subir la escalerilla que conducía a la cabina del avión.

—¿Tu deber es irte con Cristina! — dijo el padre, autoritario y severo—. ¡Al viaje de novios!

—¿Que vaya su padre! — replicó Carlos, que no sabía lo que se decía.

Don Rosendo dió un respingo y un salto atrás:

—¿Yo qué voy a ir!... ¡Tú no quieres a mi hija!

—¿La quiero más que usted!... ¡Por ella voy a evitar que me arruinen!

—¿Seránato, por Dios! — rogó el suegro.

—Mil felicidades... ¡Y ustedes lo poseen bien! — gritó Carlos que se iba enfureciendo más y más.

—¿Pero cómo quieres que lo poseamos bien?

—No tengo idea...

—Yo tampoco... Y creo que tú...

—¿Cree usted lo que le parece!

—¿Eh?... ¿Qué dice?... — preguntó don Rosendo que ya no había oído a su yerno porque habían puesto en marcha las hélices del avión y hacían un ruido tan infernal que no había medio de entenderse.

El secretario, que era el que conser-

vaba mejor la calma, le explicó muy solito:

—Díga que le da permiso para creer lo que le parezca.

—¡Ah!... ¡Muchas gracias! — replicó don Rosendo con los ojos que le caían de las órbitas.

El avión había despegado después de haber brincado torpemente por el suelo y se remontaba en el aire con vuelo de águila imperial. En aquel momento el secretario lanzó un grito y dijo:

—¿Ya está!... ¡Ya la tengo! ¡Ya la tengo!

—Buena... ¿y qué? — inquirió don Rosendo, mirándole con desdén.

—Es la... lo único que logra calmar a don Carlos — replicó el secretario, poniéndose a silbar aquella tonadilla que en vano había estado buscando hasta entonces.

—¿Y por qué no se la ha silbado antes? — preguntó don Rosendo con profunda indignación.

—Porque no me acordaba — replicó el otro, humilde.

—¿A buena hora se ha acordado! — suspiró don Rosendo mirando al cielo por el que surgía como un pájaro monstruoso y soberbio el avión que se llevaba a Carlos hacia el cielo de Italia.

Allí, en las alturas, Carlos entraba en su cabina y tropezaba, al pasar, con

un empleado de la compañía aérea de navegación.

—¿No va usted por dónde anda?— le gruñó Carlos—. ¿Dónde tiene usted los ojos?

—Disculpe el señor — murmuró el empleado con humildad, aunque estaba seguro que la culpa del encontronazo había sido del pasajero y no suya.

Carlos se sentó de golpe en su asiento, se revolvió en él sin hallar la postura cómoda, golpeó el suelo con el pie y el brazo de la butaca con el puño, e hizo tantas excentricidades que, unidas a su indumentaria tan poco adecuada para un viaje por el aire, llamó la atención de todos los pasajeros.

—¡Ay, Justo!—exclamó una señora, apretujándose contra su esposo que iba sentado a su lado—. ¡Cómo va ese hombre!...

—Volado... y por las nubes—replicó Justo, que se las daba de gracioso y que se reía sus propios chistes.

Al oír aquella risa burlesca, Carlos se volvió a él y le dio una mirada fulminante que hizo que la risa muriera instantáneamente en los labios de Justo. Entonces Carlos, enfurruñado, malhumorado, furioso, se acurrucó en el fondo de su asiento y empezó a tamborilear con los dedos en el brazo de la butaca. Luego se puso a silbar... a silbar aquella tonadilla que su secretario

había buscado en vano, a silbar aquella canción que ya sus familiares, sus amigos y hasta sus empleados llamaban la "canción de Carlos", aquella canción que era como un arte de encantamiento para él, porque le disipaba negruras, le hacía olvidar sinsabores y le ponía de buen humor instantáneamente. Silbó algunos compases y su rostro se fué sereniando, sonrieron sus labios y una expresión de inefable bondad invadió sus facciones hasta entonces tensas por la rabia, la cólera y la ira.

Llamó al timbre y se acercó el mismo empleado al que tan mal había tratado pocas momentos antes.

—¿Me haría usted el favor — le dijo en el tono más dulce y amable que pudo hallar—, si no le molesta, ¿eh?... no quisiera ser inoportuno... de facilitarme una hoja para poner un rufio?

—Con mucho gusto, señor—replicó el empleado, entregándole la hoja pedida, que sacó de su cartera.

Carlos le dio una espléndida propina y, sin dejar de silbar su canción favorita, se dispuso a escribir, pero primero reflexionó los términos en que debía ir concebido el radiograma y como viera que don Justo le miraba de soslayo, le sonrió y le saludó afectuosamente con la mano.

Entonces escribió:

"Cristina Gamboa de Barroso.—Serrano, 36. — Madrid..."

En su apartamento de Madrid, Alberto, aquel galán maduro, de sienes plateadas, mirada vaga y distraída, apostura indolente, de hombre de mundo "que ha vivido" y que está ya "a la vuelta de todo", y que bajo una máscara de frialdad y corrección oculta un temperamento apasionado y voluble, está al lado de Margarita, la conquista de turno, una muchacha linda, que viste con afectada elegancia, que tiene muy poco seso y muchos nervios, algo histérica la pobre, y con la manía endiablada de meter en la conversación vocablos extranjeros pronunciados con acento de chula madrileña.

La gramola, que Margarita ha hecho funcionar, está tocando a todo tona, la tonadilla que ya comienza a ser célebre, la llamada "canción de Carlos" por los amigos y familiares de éste, y que no es más que una vieja y melodiosa canción que ha puesto de nuevo en moda una reputada orquesta de jazz.

—¡Cierra la gramola!—exclama Alberto que está indolentemente sentado en una butaca—. ¡Ya sabes que esa canción me crispa los nervios!

Margarita obedeció instantáneamente y luego de cumplir la orden, vino a sentarse en el brazo de la butaca en que estaba sentado Alberto, y con remilgos de niña mimada le dijo:

—A una dama no se la miente, Alberto... Tú eres un *gentleman*...

—Muy bien pronunciada, Margarita, muy bien... —murmuró Alberto, un poco irónico, mientras aspiraba deliciosamente el perfume de una flor que llevaba en el ojal de su americana.

—Y no vas a negarme, *mai día*, que has dado ya por terminada tu "*sisión*" en Madrid. Y que mañana dejas libre tu *apartmán* en este *Palaz*.

—Buen servicio de espionaje tienes, Margarita.

—*Voulá*... Me lo ha dicho el conserje del Hotel.

—¿Es tu confidente?

—Es la Cibele... rico... —replicó Margarita, castiza y chula, dejando por un momento sus aires de gran señora internacional.

—Bien... Ya que te pones castiza, te diré la verdad: llevo varios meses en Madrid y quiero cambiar de aires...

—¡Vamos, hombre!... ¡Y lo dices así... con esa serenidad tan distinguida! Con tu estudiada indiferencia de "hombre de mundo"... Pues yo también tengo serenidad, mucha serenidad... ¡Pero si te marebas con Elena te sacó los ojos!

—Me marecho solo. Elena es una buena muchacha, pero tonta. Las mujeres bonitas tienen derecho a serlo.

—¡Tonta!... —comentó Margarita con recelo—. ¿Y yo, qué soy?

—Tú eres muy bonita...

—¡Eso sí, no puede negarse que ambas halagarla a una! — exclamó Margarita, sonriendo complacida, sin captar la ironía.

—De la mejor manera que se os puede halagar a las mujeres—añadió él, sacando su cartera y entregándole un fajo de billetes— Toma.

—¡Veinte mil pesetas! — exclamó Margarita asombrada y loca de júbilo después que hubo contado cuidadosamente la cantidad que le entregaba—. En esto se conoce que eres hombre de mundo.

—Y ahora veis, que me quedan por arreglar muchas cosas.

—¡Oh!... ¡Eres *charmant*! — suspiró, poniéndose sentimental—. ¡Nunca, nunca podré olvidarte!... ¡Como un recuerdo como este!

—No irás a decirme que la guardarás toda la vida—replicó Alberto con irónica seriedad.

—¿Por qué no?

—Ya verás cómo cambias... ya verás... — comentó Alberto, refiriéndose a los billetes de banco que ella llevaba todavía en la mano.

Margarita, sin saber qué actitud tomar, lanzó un amargo sollozo y salió de la habitación. Alberto dió un suspiro de alivio y pensó que era barato el precio que había pagado por su libertad. Entonces llamó a su mayordomo:

—¡Fermín!

—Mande el señor—dijo Fermín con su eterno aire circunspecto y grave, muy poseído de su papel de mayordomo y confidente íntimo de su amo.

—Fermín... nos vamos a Barcelona.

—¡Se nos marchitó Margarita!—suspiró melancólico Fermín, mientras se acercaba a su amo y le quitaba la flor del ojal de la americana, arrojándola desoladamente lejos de sí—. Flor muerta que vendrá a reemplazar otra flor... —señaló filosóficamente.

—No, Fermín; se acabaron las flores. ¡Es mi otoño, Fermín!

—Sí... La caída de las hojas... que substituye a las caídas de ojos...

—Te irás esta misma noche en el expreso.

—¿El señor quiere tener dispuesta nuestra casa de Barcelona?

—Sí; yo saldré mañana en el coche.

—Y estamos decididos...

—A sentar la cabeza—afirmó Alberto, muy serio.

—Que nunca tuvimos en postura muy cómoda—comentó el mayordomo con una sonrisilla harto irónica.

—Dame mi diario—ordenó Alberto que se había acotado frente a una mesita.

Fermín sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un librito diario que entregó a su señor. Este le miró con melancolía y suspiró:

—¡A esto se reduce mi historia de terrible libertino! En cada página una fecha, un nombre de mujer y una frase vulgar... que viene a ser el saldo de cada aventura.

—Liquidación de saldos... En perpetua semana de gangas—comentó Fermín, que no se recataba de burlarse un poco de su amo.

Alberto abrió el diario y escribió pausadamente:

"Margarita; 20 de febrero de 1942...

Alma romántica... muy sensible a los recuerdos".

Hizo una cruz en la página y pasó a la siguiente en la que escribió:

"Elena; 23 de abril de 1942. Muy linda y discreta..."

Hizo una cruz en la página, pasó a la siguiente y escribió resueltamente:

"Se acabaron las aventuras".

Cruzó de nuevo la hoja casi en blanco y entregó el diario a su criado.

...

Al día siguiente, conduciendo él mismo el coche, emprendió el viaje hacia Barcelona en busca de paz... o de nuevas aventuras. No lo sabía bien ni quería analizar qué era lo que iba a buscar a la bella ciudad del Mediterráneo. Por el momento un cambio de clima y un cambio de ambiente. El Destino traxa lo demás...

El auto se deslizaba por la carretera, no con la velocidad de otros tiempos, sino con la marcha que le permitía adquirir el gasógeno que, colocado elegantemente en un pequeño remolque, daba gas al coche y no lo dejaba subir bruscamente en las cuestas que, como un viejo asmático, tenía que subir despacito con grandes esfuerzos del motor.

Llevaba ya algunas horas de marcha y se detuvo un momento frente a una casita de labranza que había junto al camino. Bajó del auto y se dirigió hacia la casa a cuya puerta se había asomado, despierta su curiosidad por el

ruido del coche al parar, un viejo labrador.

—Dios le guarde — le dijo Alberto con un saludo cordial—. ¿Haría el favor de darme un poco de agua?

—Con mil amores, señorito—replicó el viejo, muy servicial.

—¿Y me vendería, además, alguna leña para el gasógeno?

—Claro que sí, pues no faltaba más.

Alberto tuvo que hacer en aquel momento un brinco milagroso para que no le atropellara un "topolino" que pasó por su lado como una exhalación, conducido por una chica de gafas negras enormes que no le dejaban ver el rostro que, por otra parte, tampoco hubiera habido tiempo de ver, porque llevaba tal velocidad que todo lo arrastraba tras sí aquella especie de rapo con ruedas que corría como si fuera poseído del demonio.

—¡Ahí va!... — exclamó el viejo, haciendo un gesto de asombro.

—¡Esas chicas de hoy!—murmuró

Alberto mientras se sacudía la ropa que había sufrido las salpicaduras del cochecillo.

—Son el mismo diablo. ¡Si parecen chicos! — comentó el viejo, mientras servía un vaso de agua al señorito—. Tengo yo una nieta que... vamos... me estoy temiendo que el día menos pensado me la llamen a quintas.

Alberto rió el chiste, apuró el vaso de agua y exclamó con delectación:

—Fresca como la nieve, señorito.

—¡Deliciosa!

—¡Fresquisima! — afirmó Alberto con ironía, refiriéndose más a la chica del auto que al agua que acababa de beber.

Después de haber puesto un brazado de leña a su gasógeno, pagó al viejo, subió a su coche, dió marcha al motor y se alejó en la misma dirección que había tomado el "topolino".

Pocos kilómetros había recorrido cuando vió algo que le hizo fruncir el ceño y mirar con ansiedad a todas partes, como si buscara auxilio inmediato.

Allí, frente a él, tumbado panza arriba, con las ruedas al aire, destripado y patético, estaba el "topolino".

Alberto detuvo su coche, se apeó a toda prisa, dirigióse lleno de ansiedad al auto volcado y buscó con angustia, debajo de él y en sus alrededores algún resto de la muchacha que lo conducía. Pero... ¡nada, ni rastro!... De-

hía haber quedado hecha polvo la infeliz. El vuelco era aparatoso y la hacía temer todo. Pero, al volver la cabeza cambió su expresión de angustia por otra burlona y socarrona incluso.

Sentada en la cuneta del camino, con las gafas subidas por encima de las cejas, apoyados los codos en las rodillas y en ambas manos la cara, mirando al suelo con aire de desolación y tristeza, estaba la conductora del cochecillo volcado.

Alberto, sin poder reprimirse, le hizo un gesto de burla, idéntico al que ella le había hecho desde su coche cuando estuvo a punto de arrollarle, y la muchacha, al verlo, dió un hondo suspiro de pena.

—¿Hemos salido a dar una vuelta, eh? — le preguntó Alberto, acercándose a ella con aire socarrón y mirando muy divertido todo el equipaje de la chica esparcido por la carretera, en todas direcciones.

Ella no contestó.

—A ese sapo se le ha indigestado la gasolina — siguió diciendo Alberto, regocijado de hallar medio de hacer enfadar a la desconocida.

—¡Porque no le gusta la leña! — replicó ella prestamente. Y añadió con voz sorda y melancólica: — ¡Y menuda mal que no me ha pegado un trazo!

—¡Qué lástima!... No era del todo

feo ese bicho... ¿Ya ha probado usted de vacarlo de la carretera?

—¿Cómo voy a probarlo yo sola?
—dijo ella, indignada, mirando con ojos de basilisco a aquel impertinente—. Me temo, además, que ya no sirve.

—Es lo más seguro.

—Puede usted mirarlo—dijo la muchacha con aire protector, como quien otorga una gracia.

Alberto se dirigió al coche, lo observó detenidamente, por un lado y otro, por arriba y por abajo y dijo:

—¡Casi nada!... Rotas dos ballenas y el cigarral hecho polvo.

—¿Así es que ya no tira?

—Ni para ir tirando...

—¿Quiere usted decir? — preguntó ella indignada, como si le pidiera cuenta—. ¿Quiere usted decir que no tira?

—¿Pero es que lo ha tomado usted por un mánser? — preguntó Alberto que comenzaba a exasperarse con las cosas de aquella chica a la que juzgaba tanta de la cabeza—. Ese carrozmatto no le lleva a usted ya... ni a la Casa de Socorro.

—Pues no sé qué hacer... — dijo ella dando un hondo suspiro y después de haber guardado un largo silencio—. Antes de la noche he de estar en Barcelona. ¡Y por esta carretera hoy no pasa nadie!

—¿Nadie? — inquirió Alfredo, desabrido, sintiendo la ofensa personal

que se le hacía—. ¡Ah, va...! Nadie que sea digno de que usted lo utilice...

—añadió con marcada ironía.

—¿Si pudieraoger el expreso de Zaragoza? — murmuró ella encogíendose de hombros, como si no le importara ni ardite lo que le decía su interlocutor—. Hasta allí me llevaría cualquiera.

—¡Cualquiera!... Sí, en autocbús, en vagón capitane... o una caravana de camellos—dijo Alberto muy enfadado, señalando todos los bultos, maletas, sombrererías etc. que había en el suelo—. Yo pienso que una caravana de camellos es lo que más le conviene. No puede tardar en llegar... — dijo, mientras se dirigía, muy decidido, a su propio coche, dispuesto a seguir su camino—acaba de salir del desierto de Sahara...

Alberto subió a su coche, apretó la puesta en marcha y el motor empezó a ronzar desaforadamente. Ella le miró desde su sitio con una mirada melancólica, y se le fué acercando lentamente sin dejar de otear la carretera que aparecía más desierta que el propio Sahara. Cuando estuvo a pocos pasos del coche de Alberto dijo, resignadamente, como si aceptara el mal menor:

—Bueno... Iré con usted.

—Por mí no se moleste—replicó Alberto que estaba dispuesto a domesti-

car a aquella muchachita llena de pretensiones y de orgullo.

Comenzó ella a recoger su equipaje, pero Alberto no se movió de su sitio, dejándola que hiciera sola el trabajo en castigo de los desplantes que le había dado, y divirtiéndose en apretar el acelerador para hacer roncicar más fuertemente el motor, lo que ponía espanto en los ojos de la muchacha que temía quedarse sola en aquella carretera solitaria, rodeada de su equipaje.

—¡Qué pena que no tenga a nadie que la ayude!—le dijo Alberto con intención aviesa.

Ella le miró furiosa, mientras terminaba de colocar los bultos en el interior del coche y, por último, se situó ella en el asiento delantero, al lado del conductor. En tono de ordeno y mando, como si fuera la señora y se dirigiera al chófer, dijo:

—Puede usted arrancar. Debo estar en Barcelona antes de anocheecer. Espero conseguirlo.

—Como la señora disponga — contestó Alberto muy serio, quitándose el sombrero y mirándola de reojo.

El coche arrancó y la muchacha, muy tranquila y muy seria, sacó un pitillo de su pitillera y se puso a fumar en silencio.

Marcharon así muchos kilómetros, sin dirigirse la palabra uno a otro. Al

fin fué Alberto quien rompió el silencio:

—El tiempo se presenta magnífico... a menos que llueva... Y puede ser que llueva... ¿No le parece a usted?

Ella no contestó, arrojó unas bocanadas de humo y se quedó mirando el paisaje que corría veloz al lado del coche.

El cuentakilómetros iba aumentando su número. Pero el silencio continuaba.

—No me gusta que fumen las muchachas — comentó Alberto, interrumpiendo el silencio, que volvió a caer sobre ellos pesadamente, mientras el coche corría y corría a toda marcha, como si el gasógeno se hubiera puesto de acuerdo con la muchacha y se empeñara también en llegar a Barcelona antes de que oscureciera.

Pasados diez o doce kilómetros más Alberto volvió a decir:

—Hermoso paisaje... El año pasado ya estaba aquí.

Ella continuó sin despegar los labios. Alberto, que ya se empezaba a aburrir de aquel mutismo, siguió diciendo, como si ella le diera conversación:

—No; no lo creo. ¡Cualquiera se fía de las mujeres!... ¡Eso se lo dirá usted a todos!

Y después de unos kilómetros más recorridos sin decir palabra, le preguntó a boca de jarro:

—¿Y usted a quién quiere más, a su papá o a su mamá?

Ella estaba nerviosísima, haciendo esfuerzos sobrehumanos para no llenarlo de insultos, pero supo contenerse y siguió en silencio.

Entonces Alberto dió toda la marcha al motor y comenzó a hacer ces por la carretera en una carrera desenfrenada y loca. Los continuos zig-zag hacían ir a la muchacha de un lado a otro como un pelele y todos los bultos vinieron al suelo.

—¡Por Dios, más espacio! — suplicó, al fin—. Me siento indispuesta.

—¿De dónde ha salido esa voz? — preguntó Alberto, extrañado—. Creí que no estaba abierto el aparato de radio.

—¿Acabará usted con sus payasadas? — le preguntó ella, displicente, casi sin mirarle.

El se descubrió, la saludó respetuosamente y preguntó:

—¿A quién tengo el gusto de hablar... y el placer de oír?

—Me llamo Cristina Gamboa—replicó ella.

—¿Hija del banquero? Yo me llamo Alberto Lacanale. Mi nodriza me llamaba Betín. ¿Me gustaría de un modo!...

Teniendo que Cristina volviera a encerrarse en su mutismo Alberto no dió tregua a su lengua:

—Usted no debe conocer Barcelona. Es una gran ciudad que esturde un poco a los que no han viajado. Pero no importa... se acostumbrará usted. Todo el "confort", todos los adelantos modernos... No faltaba más que el mar... y un diputado logró que se lo conciliaran.

—No se cansa la "Agencia Cook"... No voy a quedarme en Barcelona. Me marcho a Génova.

—¿A Génova? ¿La espera allí su padre?

—Me espera mi marido — replicó Cristina con gran pomposidad, mirando a Alberto para ver el efecto que le producían sus palabras.

Alberto dió un brusco apretón al acelerador y el coche hizo tan brusca sacudida que Cristina se sintió arrastrada contra el respaldo del asiento.

—¿Qué pasa? — preguntó con cara de susto.

—Que me lo ha dicho usted de pronto, súbitamente, sin preparación... ¡Qué penal!... ¡Tan joven y ya casada!... ¿Y con quién?... ¿Con quién, si se puede saber?

—Don Carlos Barroso—replicó ella muy orgullosa—. Voy a reunirme con él.

—¡Oh!... ¡Demasiado joven para casarse!... Aunque, claro... ¡a los veinte años se está cansado de la vida!

—Tal vez — murmuró Cristina, melancólica.

—Sí, tal vez... — dijo él. Pero como si no hubiera oído bien, preguntó: — ¿Cómo?

—Que tal vez... Pero nadie tiene la culpa de ser joven—dijo Cristina con una chispa de mala intención, haciendo referencia a las canas de él.

—No se apure... Eso se va perdiendo con los años—replicó Alberto, compasivo, como si quisiera consolarla de su extrema juventud.

La revelación de que Cristina estaba casada volvió a separarlos de nuevo y anduvieron muchos kilómetros en silencio. Se miraban a hurtadillas y sonreían para sí cuando el otro no se daba cuenta de ello. Cristina permaneció mucho rato con los ojos cerrados y Alberto la pudo contemplar a su comodidad, atraído por la belleza de aquella chiquilla que ya tenía marido y que se iba a reunir con él.

—¿Cuándo va a ser la avería? — preguntó de pronto Cristina, abriendo los ojos.

—¿Qué avería?

—Esa que tiene que fingir usted para que ya no llegue esta tarde a Barcelona.

—¿Usted cree?—indagó Alberto recordado ante la perspicacia de la niña.

—¿No lo marcan las reglas de todo

buen seductor?... Usted debe saberla, que es un seductor de los clásicos:

"Precepto número uno:
si por una carretera
vas con gentil compañía,
un jurón es oportuno..."

dijo ella en tonillo de niña de escuela que recita su lección. En el mismo tono él le replicó:

"Mas si es en balde la pana...
has lo que te dé la gana."

—No, Cristina —siguió diciendo Alberto—, mi amor propio de buen mecánico me impide simular averías. ¡Yo no he tenido nunca una pana!—afirmó con orgullo—. A causa del motor nunca se me ha estropeado un viaje, nunca... ¿comprende usted?, me quedé detenido en una carretera a causa de una pana...

Siguieron marchando...

Cuando los volvemos a encontrar ha esido ya la noche, el coche está parado, los faros encendidos iluminan la carretera y la luz del coche ilumina el interior del auto donde está Cristina sentada, con la portezuela abierta, mientras Alberto, con el capó levantado, hurta en las entrañas del motor.

—¡Dos horas!... ¡Dos horas llevamos aquí parados!—exclama Cristina con los nervios vibrantes de desesperación.

—Más de dos siglos lleva inclinada

la torre de Pisa... ¡y no amala de caer vel!—replicó Alberto, que ya no sabía qué hacer.

—¿Y era usted el que no había tenido nunca una avería?

—No es culpa del motor. ¡La culpa es de usted!—gritó Alberto, iracundo.

—¡Hombre, está bien!... ¿Conque es mía la culpa?

—Su conversación es tan agradable—dijo él en tono sarcástico—que me quedé casi dormido y no me di cuenta de que se estaba acachando la leña del gasógeno.

—Pues de algún modo hemos de arreglarnos. ¡Yo tengo mucha prisa!

—¡Ah, si usted tiene prisa...! ¿Eso es otra cosa!—exclamó él, sarcástico, yendo a sentarse cachazudamente a su lado.

—¿Pero qué hace usted?

—Ya lo ve; sentarme.

—¿Pero no halla solución?

—Si usted quiere me voy a buscar combustible al pueblo más próximo.

—¡¡No!!—exclamó, aterrada, Cristina, cogiendo por un brazo a Alberto y evitando así que se marchara—. ¡No se vaya usted, por Dios!

—Si le da a usted miedo que vaya solo... puede ir usted, si le parece.

—¿Yo sola? ¡Muchas gracias! ¡Con una noche tan oscura como hoy!

—Pues si nos acompañamos el uno al otro, ¿quién vigila el coche? No

hay más remedio que esperar a que asome algún alma viviente. Ya es la única solución que veo en nuestro caso.

Alberto hablaba socarrón y tranquilo, con mayor calma cuanto más exasperada veía a su compañera que retorció el pañuelo entre sus dedos nerviosos, lo mordía, lo volvía a retorcer y no estaba un instante quieta en su asiento.

—Ea usted una mujercita de genio... ¡Me recuerda a una persona que me hizo sufrir mucho!—suspiró Alberto en tono muy sentimental.

—¿Un amor desgraciado...?—preguntó ella con ese interés que ponen las mujeres por los amores dramáticos, sobre todo cuando no son ellas las protagonistas.

—Mi profesor de boxeo—explicó Alberto, riéndose al ver que Cristina mordía con mayor furia el pañuelito que no tenía culpa alguna de todo lo que le estaba pasando por ser ni más ni menos que una niña mimada, malcriada, llena de caprichos e insoponible.

—Se me está ocurriendo una pregunta—dijo Alberto fingiendo una gran timidez de niño bueno—, pero no me atrevo...

—¿Honore!... ¿No se atreve?... ¿Desde cuándo?—exclamó ella, asombradísima.

—¿Se casó usted muy enamorada de su marido?

Cristina le miró aún con mayor asombro ante la audacia de la pregunta y permaneció callada. Alberto, como si hablara consigo mismo y no hubiera notado su manifiesta hostilidad, siguió diciendo, romántico y sentimental:

—¡Cristina!... ¡Bonito nombre!... Yo conocía a otra Cristina... pero ya se murió.

—¿Murió? ¿Y cómo? — inquirió ella, interrumpida de nuevo en la conversación.

—Fue allá, en el Senegal — dijo él sintiendo descaradamente—. Quiso acompañarme en mi expedición al río Tenguine. No la atemorizaron los cocodrilos... ni las serpientes venenosas... ni las feroces tribus antropófagas.

—¿Antropófagas? — preguntó Cristina que escuchaba interesadísima el relato, con verdadero terror en la voz y en los ojos.

—Sí... Vivíamos en una plataforma de hojas de coraque. De noche, yo cazaba fieras y ella, la pobre, llena de mortal angustia, esperaba ansiosamente mi regreso. Una noche... ¡Pero, por Dios, no me tiro de los botones de la manga, porque no siga! — exclamó Alberto, al ver que la muchacha, cada vez más servil y emocionada por el relato desparpante que a él se le es-

taaba ocurriendo, trataba de arrancarle todos los botones de la manga de su chaqueta.

—Siga... siga... — dijo ella, corrigiendo su posición y dejando en paz la manga de Alberto.

—Una noche saltaron los tigres la plataforma...

—¿Y murió devorada? — preguntó ella abriendo tanto los ojos que casi no le cubían en la cara.

—¡Murió devorada! — asintió él en tono lúgubre y dramático.

—¡Ah!...

—Sí... murió devorada por la pena de no haber conseguido una de las pieles de tigre para un bolso.

—¡Qué muerte tan horrible! — exclamó Cristina que, seducida por el relato, no se dio cuenta de la burla que había en las palabras de Alberto—. ¡Me imagino lo que debió padecer!

—¡Figúrese! ¡No habrá una sola mujer que no la compadezca!

—Y usted... ¿estaba muy enamorada de ella? — preguntó Cristina tímida, sin levantar los ojos, casi sin atreverse a formular aquella pregunta.

—Esto mismo le pregunté yo antes... y usted no quiso contestarme — replicó Alberto con maliciosa sonrisa, satisfecho de que todo se encantara según la medida de sus deseos.

—Yo estoy enamorada de mi marido — afirmó Cristina con dignidad.

—No es posible... ¿Enamorada de su marido con el poco tiempo que debe llevar de matrimonio?

—¿Y usted sabe el tiempo que llevo?

—Apostaría que no pasa de un año.

—¿De un año?—dijo Cristina contando sus ganos—. ¡Oh, no! ¡Si hace cuatro días que aun era soltera!

—¿Pobrecilla!... ¡No me diga!

—Si ya se lo he dicho... ¿cómo quiere que no se lo diga?—replicó ella, riendo de nuevo con una risa infantil y dichosa—. ¿Y si le dijese, además, que no sé todavía si estoy enamorada?... Para saber si lo estoy, tres días no son mucho.

—Para saber si no lo está son bastante... Yo conozco quien se enamoró en media hora... por el fuego de unos ojos oscuros, por el hechizo de unas labias enloquecedoras... El amar no es cuestión de tiempo. Si no nace al choque de dos miradas, es ya muy difícil que nazca. Si yo, ahora, viéndola a usted tan cerca, respirando casi su aliento, sintiendo la tentación irresistible de toda su persona, no me enamora de usted, no me podría enamorar en un año.

Cristina, que sentía en torno suyo las redes que aquel hombre iba tendiendo, le miró enojada, queriendo reaccionar contra la seducción que la iba envolviendo, y le preguntó, casi con ira:

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada que no haya dicho—replicó Alberto, replegando velas porque se dió cuenta de que había querido correr demasiado—. Que el amor sólo nace de pronto.

—No siempre ocurre así. Con el trato se pueden apreciar todas las cualidades de un hombre.

—O todos sus defectos.

—¡Carlos y yo nos conocimos en un partido de fútbol!—suspiró Cristina, recordando.

—¿Es usted aficionada?

—¡Soy portera del "Atlético Femenino"!—exclamó ella con orgullo completamente deportivo—. Al principio, Carlos era un chino que no me gustaba. Engreído, ruidoso, que entra violentamente en todas partes... Pero nos tratamos y, día tras día, fui acostumbrándome a él... y lo quise...

—Me figuro, Cristina, que no ha acertado usted en el matrimonio—le dijo él con una leve melancolía en la voz, cogiéndole una mano que ella no trató de retirar—. Y eso es un error que se paga... Tal vez, en su corazón, soñaba usted con otro tipo de hombre... Fíjese en lo que le digo: con otro tipo... ¿eh? Recapacito... y tenga el valor de confesármelo.

—¡Sí, no hay duda! ¡No hay duda!—exclamó ella que se dejaba seducir por el arrullo de aquella voz que le

hablaba casi al oído (o por lo menos esto era lo que él pensaba al ver el brillo de júbilo que lucía en los ojos de Cristina.)

—¿Verdad que he acertado? ¡Ah, Cristina! ¡Por fin!...

—¿No hay duda! — repitió ella con inmenso júbilo—. ¡Es un coche! ¡Un coche! ¿No ve usted la luz?

El se quedó de una pieza. Toda su teoría de seducción y de embobeso se había venido al suelo estrepitosamente. Cristina no hacía más que repetir como una niña dichosa:

—¡Es un coche! ¡Es un coche!

—Pero... oiga...

—¿Desía usted algo? — preguntó mirándole indiferente, atenta sólo a la luz de los faros que se acercaban.

—Sí... claro... decía que hay que parar ese coche.

Cristina se plantó en medio de la carretera, haciendo grandes gestos con las manos y el coche se detuvo a poca distancia de ella. Era el camión de un floricultor que trasladaba de un punto a otro plantas y flores.

—¿Qué les pasa? — preguntó el chofer desde su asiento.

—¿Podría usted facilitarnos algunos troncos? Se nos ha apagado el gasógeno.

—¿Troncos?... Si pueden servirles unas ramitas... — replicó el chofer, entregándoles un ramito de flores.

—Oiga... ¿No tendría usted una puchera, un hacha, algo con que cortar leña en el bosque para poder encender de nuevo el gasógeno? — preguntó Alberto, que se había puesto de mal humor.

—¿Un hacha? Sí, eso sí la tengo. Tome usted, señor.

—Muy agradecido.

Alberto le dio en pago un billete y el chofer, satisfecho, puso de nuevo en marcha su camión.

—¡Adiós!

El camión se alejó, volviendo a dejarles en la soledad inmensa de la noche.

—Pero... ¿qué va usted a hacer con el hacha? — inquirió Cristina, un poco asustada.

—¿Yo?... ¡Nada! La que va a hacer algo es usted... ¡A cortar leña! ¡Es! ¿No le interesa tanto llegar a Barcelona? ¡Pues, trabaje!... Yo no tengo ninguna prisa...

Cristina, despectiva, indignada, volada por la calma irónica de aquel hombre que parecía dispuesto a burlarse de ella hasta el último momento, se acercó a los árboles más próximos al camino y comenzó a cortar algunos troncos, con toda la fuerza que su propia indignación le daba.

Al fin consiguieron encender el gasógeno y poner de nuevo en marcha el motor. Cristina, vencida por el trabajo

y por las horas que llevaban de viaje, se rindió al sueño que invadía sus párpados y se quedó profundamente dormida, buscando, inconscientemente apoyo en el hombro de Alberto. Este la miraba dormir y conducía con suavidad para que ninguna sacudida brusca la despertara. Ahora que estaba dormida y no podía verlo la contemplaba con una ternura emocionada, que casi hubiera podido parecer sincera de no tratarse de aquel empedernido don Juan que hacía alarde de conquistador y de escéptico y que trataba a todas las mujeres con su mismo aire de seducción y de indiferencia que siempre le había dado muy buenos resultados... con las mujeres que él solía tratar.

Amanecía cuando comenzaron a divisar la ciudad Condal, envuelta en las nieblas matutinas, adormilada todavía al pie de sus montañas y dejándose besar perezosa por el mar azul, de un azul desvaído, teñido de un rosa muy pálido por las primeras luces del alba.

Estremeciéndose Cristina y abrió los ojos. Al darse cuenta de que iba apoyada en el hombro de su compañero, se enderezó rápida, con gesto sobresaltado.

—Por mí puede seguir... No me molesta—dijo él, sonriendo.

—¡Oh!, perdón... me quedé dormida...

—¡Ah!, ¿sí? No lo había notado.

Ella se quedó mirando el maravilloso espectáculo de la ciudad tendida a sus pies, envuelta en los rayos del alba naciente que la cubría de rosicleros y nácares puros.

—¿Tiene usted amigos en Barcelona?—le preguntó él, levemente espasmando.

—Un matrimonio conocido. Ella fue compañera mía de colegio.

—¿La esperan?

—Mi padre les puso un telegrama. Yo no recuerdo bien dónde viven. Al no encontrarme anoche en el hotel, habrán creído, seguramente, que he cambiado de itinerario.

—¿Me permitirá que la acompañe esta noche?

—¡Imposible! He de embarcar esta tarde.

—Usted no hará eso—murmuró él con acento de reconvención.

—No sé por qué—replicó ella, altiva y desdenosa.

—Porque el barco sale por la mañana.

—Entonces, embarcaré ahora mismo.

—No teniendo usted pasaje... Hay que reservarlo con una semana de anticipación—le dijo él, que se gozaba en derribar bruscamente al socio todas sus ilusiones.

—Me arreglaré como sea—replicó Cristina prontamente, muy nerviosa.

por las contrariedades que él se complacía en acumular.

Llegaron a la Diagonal, bajaron por el Paseo de Gracia, desierto casi en aquella hora, embocaron la Avenida de José Antonio y se detuvieron frente al Ritz.

Cristina bajó del coche y tendió su mano a Alberto, que le había alhierto la portezuela galantemente.

—¡Es preciosa! — exclamó él, mirando la mano como si la viera por primera vez. Y reteniéndola entre las suyas, añadió: Se la devolveré en seguida.

—Le agradezco mucho sus atencio-

nes—dijo Cristina, tratando de retirar su mano.

—¿Es que le hace falta?—inquirió él, estrechándosela muy expresivamente.

Luego, mirándola muy fijo a los ojos, añadió:

—¿Hasta la noche!

—Estaré en alta mar.

—Conforme... Vendré a buscarla a las ocho.

—¿No le he dicho que no es posible?—exclamó ella, furiosa.

Y él, sin perder la calma:

—Muy bien... No me haga usted esperar...

...

Una hora más tarde Alberto estaba en su casa situada en las afueras de la ciudad; una quinta magnífica en el barrio de Pedralbes, rodeada de jardín, dominando toda la ciudad.

Su mayordomo le tenía ya preparado el baño, el desayuno y, lo que era inapreciable para Alberto, un magnífico cigarro puro que éste se disponía a fumar mientras hablaba con su fiel servidor.

—Tú no sabes, Fermín, lo que echaba de menos mi cuarto de soltero. ¡De soltero!...

—¡Y por muchos años!

—Aquí me siento en mi casa.

—¡Sentamos hasta la cabeza!—murmuró el criado un poco a regañadientes, porque a él le gustaba más vagabundear por el mundo que estar fijo en la quinta de Pedralbes.

—¿Tú crees?...—preguntó Alberto, pensando en el encuentro con la recién casada—. Dame aquel clavel—ordenó, con optimismo y alegría.

—¿Aquel clavel?—preguntó el cri-

do, mirándole picorescamente, advirtiendo que aquella flor era una nueva conquista o por lo menos el preludio de una conquista.

—Aquél u otro, mientras sea un clavel. ¿Sabes por qué, Fermín?

—Señor... aquí está la flor... y el dietario—replicó Fermín, muy grave, dando a entender con ello que había comprendido perfectamente—. ¡Clavel!... Casada joven que tiene el marido ausente—murmuró como hablando consigo mismo.

—Eso es.

—¡Una aventura más!... Pero no como las otras. No como María Luisa.

—La conocimos un catorce de agosto... la olvidamos el treinta.

—Exacto. ¡Eres muy grande, Fermín!

—Ni tampoco como Copacabana... “Se nos escapó con un lampista”—dijo Fermín, como si leyese en las hojas del dietario.

—¡Ah, pero era un ángel!

—Por eso volvió.

—Y menos como Trini.

—“Fiel hasta lo absurdo”—leyó Fermín.

—Me devolvió las joyas.

—¡Así está ella en Leganés, creyéndose el rey Wamba!

—La de ahora es Cristina. La página en blanco donde escribiré mi más codiciada victoria... con el aliciente de una batalla en la que puede disponer de una vida, comprometer un futuro, llevar la dula a un corazón de mujer...

—Motivo sobrado para ir de rondón a la cárcel—comentó el criado.

—¡Fermín!—reconvino Alberto, que se había dejado llevar de su entusiasmo.

—Tranquiliense el señor. No hay nada legislado todavía.

—Bien. Llama por teléfono al Rita.

Mientras el criado pedía el número Alberto escribió en la “página en blanco donde escribiría más tarde su más codiciada victoria”: “Cristina; 15 de junio de 1942”.

Fermín había obtenido la comunicación con el Rita y Alberto se puso al aparato.

—La señorita Cristina Gamboa, ¿está en el hotel? ¿Sí? Quiero comunicarme con ella.

Un momento después, la voz de Cristina, al otro lado del hilo, decía:

—Al habla... ¡Ah! ¿Es usted, señor Lacanale?... Bien, le llamaré Alber-

to... Estoy muy indignada, Alberto, no me despachan pasaje hasta el miércoles.

Alberto tapó con la mano la bocina del teléfono y exclamó loco de alegría, mirando a Fermín:

—¡Se queda! ¡Se queda!...

Luego volvió a hablar por el teléfono:

—¿Dice usted que hasta el miércoles? ¡Qué pena!... ¿verdad? Dispongo, pues, de cuarenta y ocho horas para acompañarla. A menos que prefiera usted marchar en avión.

—No me inspira confianza—dijo la voz de Cristina.

—¡Oh! Los aparatos modernos son muy seguros.

—El que no me inspira confianza es usted. No puedo viajar en avión porque me mueren. Pero no porque me quede hasta el miércoles quiero decir que salga con usted. Una señora cuando no puede...

—¿Tiene miedo de lo que murmuran? A usted no la conoce nadie en Barcelona. Y en cuanto a mí... Hasta cuando salgo con mi mayordomo sospechan que es Greta Garbo vestida de hombre para despiantar... Vamos, diga que sí, que saldrá conmigo esta noche.

—No, no es posible... ¿Que me queda tiempo para pensarlo?... ¡Será inútil! Cuando tomo una resolución es inquebrantable.

Y mientras la coquetísima recién casadita coqueteaba con el empedernido conquistador, el marido, que estaba presidiendo un Consejo de Administración, tenía pedida una conferencia con Madrid para convencer a su mujer de que fuera a reunirse. Porque, ¡carambola!, era muy triste haberse casado sólo para que les dieran la bendición sacerdotal...

—¡Aló... aló!... Madrid... Madrid...
Parla Milán—decía la telefonista italiana.

—¡Aló Milán!... Aquí Madrid...
Diga... Con el 32445... bien, llamamos...— replicaba la telefonista española.

Carlos, impaciente, hablaba a los señores del Consejo reunidos en torno suyo.

—Era necesario venir a Milán, y he venido—decía, descargando sobre la mesa terribles puñetazos para calmar su creciente nerviosismo—. He venido aunque a ustedes les pesa... Y quien quiera replicar ¡que replique!—chilló, mirándoles a todos con mirada enredada.

Uno de los Consejeros, hombre menudo y pacífico, había estado persiguiendo a un mosquito que le molestaba y, viéndole sobre la carpeta, le dió un manotazo que resonó seguidamente al puñetazo de Carlos. Este se volvió

airado hacia el Consejero y le increpó:

—¿Es eso una réplica?

—¡No... era un mosquito!... contestó el Consejero, encogiéndose en su asiento, acustado.

Carlos continuó:

—Y negarán ustedes que... ¿Pero esa conferencia con Madrid?... Negarán ustedes que soy el llamado...

—Conferencia con Madrid—anunció un empleado.

—Usted es el llamado—asintió uno de los Consejeros.

—¡Qué duda cabe!—afirmó otro.

Carlos fué al teléfono. Le hablaba don Rosendo.

—¡Hola!, suegro... Quiero hacerte unas preguntas. ¿Cómo es que Cristina no ha contestado mi radiograma?

—¡Ah! ¿No ha contestado tu radiograma?—replicó don Rosendo, desde Madrid.

—¿Cómo es que no ha llegado a Milán?—preguntó Carlos desde esta ciudad?

—¡Ah! ¿No ha llegado a Milán?—repitió don Rosendo, como si fuera el eco de la otra voz que los hilos le trajeran a Carlos.

—Yo no sé nada de ella—dijo Carlos con desesperación.

—¡Diablo! ¿No sabes nada de ella?—inquirió don Rosendo que comenzaba a escamotear.

—Pero, vamos a ver: ¿aquí quién pregunta...? ¡¡Eh!... ¿Que no está en Madrid? ¿Que salió para Barcelona? ¿Pero, dónde estará en estos momentos?

—¡Eso es! ¿Dónde estará?—repitió la voz de don Rosendo.

Carlos dejó el auricular y se recostó, desalentado, contra el respaldo de la butaca:

—¿Dónde estará?—se preguntó a sí mismo, con desaliento.

—Es indudable—le dijo uno de los Consejeros, ajeno por completo a la conferencia telefónica y a la que pasaba por el alma de Carlos—, es indudable que usted ha logrado evitar nuestra ruina con una pérdida insignificante...

—¿Insignificante... y acabo de perder a mi mujer?—exclamó Carlos, lleno de angustia y con verdadero y honrado sentimiento.

* * *

El Consejero menudito se dirigió a él y le dio la mano como se hace en las visitas de pésame. Carlos le miró, sorprendido. Luego se puso a silbar su tonadilla predilecta, sonrió a todos y, lleno ya de entusiasmo, continuó la sesión como si nada le afectara particularmente.

En Barcelona, y en el "Cortijo" Cristina cenaba al lado de Alberto que se había salido con la suya, logrando que aquella chiquilla que tenía más pájaros en la cabeza que todos los que caben en los árboles de las Ramblas, saliera con él aquella noche.

—¿Por qué me estaba usted esperando a la puerta del Ritz?—le preguntó, mirándole con los ojos brillantes, encantada de aquel ambiente de lujo y de alegría que la rodeaba, sin acordarse para nada de que allá, en Milán, un tal Carlos Barroso se desesperaba

preguntándose dónde estaría metida su mujercita a aquellas horas.

—La esperaba porque me figuré que usted vendría—replicó Alberto.

—¡Ah!... ¿Sí? ¿Y por qué?

—Porque usted aseguró que no vendría.

—¡Mira qué gracioso! ¡Pues, pudo haberse equivocado!

—Pero usted ha venido... ¿no?

—Sí, claro está... ¡Pero me molesta que tenga ese concepto de las mujeres!...

La orquesta, en aquel momento, comenzó a tocar la tonadilla de Carlos, la canción de moda que tocaban todas las orquestas de jazz, todos los organillos, todas las gramolas y todas las pianolas de los cafés de barriadas extremeñas, y que los amigos de Carlos llamaban "la canción de Carlos". Cristina sonrió al escucharla:

—Me gusta esa canción.

—¡A mí me ataca los nervios esa musiquita!—afirmó Alberto, que estaba aborrido de oírla—. ¿Por qué sonríe usted?

—Porque esa música me recuerda a mi marido.

—¡Oportuno recuerdo! — murmuró él, contrariado.

—Tiene su explicación, Carlos, en el m&e fuerte de sus arrebatos, si canta o silba esa canción se calma de pronto y hasta pide perdón a su mayor enemigo. Cuando nos casamos en las Calatravas, desde el mismo restaurante tuvo que correr al avión para trasladarse a Milán. Iba furioso, pero seguramente silbó en el viaje la cancióni-lla y le faltó tiempo para pedirme que me reuniese con él.

—¿Y se fué al avión desde el restaurante? — preguntó Alberto, con sincero asombro. ¿Dejándola plantada, con su traje de novia y su ramo de azahar? ¡Qué carnícalo!

Cristina se rió. Bebía más champaña de lo que ella solía acostumbrar, y se iba animando inconscientemente.

—Me maravilla su aplomo—le dijo, después de unos momentos de silencio—. Es usted un hombre a quien nada interesa.

—¡Hay tan pocas cosas que lo valgan!

—Hehrá vivido usted mucho... ¡Tie-

ne hasta los ojos cansados! ¿No se le cierran a veces?

—Mientras la tengo a usted delante, no.

—Cuando yo era niña—dijo Cristina, riendo—soñaba con un hombre como usted. De su edad, de sus modales, de su pasmosa indiferencia ante todo. Entonces tenía yo muchos pájaros en la cabeza. Interpretaba a Chopin, a Mozart, a Beethoven, en un arpa que me regaló mi abuelita... ¿Qué mira usted?—le preguntó, viendo que Alberto miraba, alarmado, por todas partes.

—¡Que afortunadamente no tenemos por aquí ningún arpa!

La convenció para que bailara con él. La muchacha se dejaba llevar por donde él quería.

—¿No ha pensado usted nunca, Cristina, en vivir así, toda una eternidad, desligada de lo que la rodea, disponiendo por sí misma de su existencia, bajo un cielo estrellado como el de esta noche?...—le decía, susurrándole las palabras al oído.

—¡He pensado tantas cosas que no pueden ser!—suspiró ella.

—Hay algo en usted, Cristina, que me atrae y he sentido al conocerla la vaga impresión de que perdí media vida...

—¿Por qué?

—Por no haberla conocido a usted antes.

—¡Me lleva muchos años de ventaja! rió ella, queriendo sustraerse al encanto que sobre ella ejercía aquel hombre, neotrustrado a tratar a mujeres frívolas.

—¡Y sólo usted podría devolverme la juventud!—musitó él, abusando de la ventaja que sobre la muchacha tenía.

En aquel momento, la voz de Mari-Pepa, la antigua compañera de Colegio de Cristina, llamó con alegría:

—¡Cristina! ¡Cristina!

—¡Mari-Pepa!—exclamó la muchacha, corriendo a ella, feliz de huir, momentáneamente, de la seducción que tenía junto a ella.

—Pero, ¿has llegado?—preguntó Mari-Pepa, que era mucho más sin sentido, mucho más frívola, mucho más loca y bastante más tonta que Cristina.

—Ya creo que sí. ¿A ti, qué te parece?—indagó Cristina, riendo.

—Quizar decir que cuándo has llegado.

—¿Cuándo has llegado, Cristina? ¡Anoche!... ¡Has llegado anoche!—dijo Cristina, como si estuviera resolviendo un arduo problema.

—Anoche no estabas en el Ritz.

—No, no... quise decir esta noche.

—¿No has venido sola?—inquirió Mari-Pepa, que sabía que su amiga se había casado.

—Ya ves, no he venido sola. ¿Eh? ¡Qué cosa!—exclamó Cristina, que comenzaba a embrollarse.

—Me figuro que debe de ser...—dijo Mari-Pepa, mirando a Alberto con una sonrisa comprensiva.

—¡Ah, claro! ¿No conocías a mi marido?—dijo Cristina, echando la capa al toro y lanzándose al más loco desatino—. Alberto, ésta es Mari-Pepa, mi compañera de internado, de quien ya te hablé.

—¡Hombre, la señorita Mari-Pepa!—exclamó Alberto, un poco cortado, con forzada alegría, porque todo aquello le parecía ya un poco demasiado complicado para sus gustos.

—¡La señora de Vela!—corrigió Mari-Pepa, con mucha dignidad.

—Sí, es verdad... casada... con el pobre Vela...—murmuró Alberto, que se dio cuenta que había resbalado.

Cristina y Alberto estaban violentísimos. La situación era embarazosa. Cristina estaba ya arrepentida de su precipitación al presentar a Alberto como su marido. Pero el mal estaba ya hecho y era preciso afrontar la situación. Y como hacen todas las mujeres cuando están muy apuradas, se echó a reír con una gran carcajada.

—Pero, ¿cómo estás aquí sin tu marido?—preguntó luego a Mari-Pepa.—¿Dónde está tu marido?

—¿Mi marido?... ¡Je, je!—rió ner-



Los novios aparecieron...



—Antes de la noche he de estar en Barcelona.



—Buena: iré con usted.



—Corte, corte.,



—La broma ha ido demasiado lejos!



...mientras Federico tarareaba la Marcha Nupcial.,,



...y al ver el lecho...



—¡Qué diferente es usted de cuantos he tratado!



—¿Tiene algo de particular que vaya de excursión con tu marido?



—¿Usted cree, caballero, que una mujer se pierda como un paraguas?



(No puede ser nadie más que mi marido! ¡Cuando bebe no hace más que atrocidades!)



—¡Criminal! ¡Asesino! ¡Monstruo!



—¡Mari-Papa! ¡Mari-Papa!



Tres en un árbol...



— ¿Qué tienes en el ojo?



— Le pido perdón por el susto.

viñosamente Mari-Pepa, sin saber qué decir.

—¡Je, je, je!—rió Cristina.

—¡Je!—rió Alberto, secamente.

—¡Ya verás qué gracioso es su marido!—dijo Cristina a Alberto, tratando de ganar tiempo diciendo trivialidades.

—¡Mi marido es un fresco, un granuja, un canalla!—exclamó Mari-Pepa, con voz sorda.

Alberto la miró, desconcertado.

—¿Ve usted aquel borracho que nos está mirando?—significó diciendo Mari-Pepa, señalando a un distinguido caballero que estaba sentado ante una mesa, solo, aburridísimo, teniendo ante sí nada más que una botella de agua mineral.—¡Pues aquél es mi marido!

—¿Aquel que tiene cara de tonto?—preguntó Alberto, que no acababa de orientarse.

—Sí, ése. Ése es mi marido.

—Pero... ¿no dice usted que está borracho? ¡Y está bebiendo agua mineral!

—Porque estamos reñidos y para hacer méritos — explicó Mari-Pepa, con remilgos de niña mimada—. Pero esa agua mineral... ¿ya verá usted luego esa agua mineral si nos dará guerra!

—Permítame usted que vaya a buscarle—indicó Alberto, galantemente.

—¡No!... Siempre que reñimos él se va por un lado y yo por otro. Nos en-

contramos al fin en cualquier parte y como si en la vida nos hubiésemos visto, nos volvemos a conocer y buscamos a alguien que nos presente.

—¿Y así se reconcilian...?

—Y nos divertimos... Pero esta noche veo que no se mueve.

Se habían sentado los tres ante la mesa en que habían cenado Cristina y Alberto, mientras el "borracho de agua mineral" estaba dos o tres mesas más distante.

Efectivamente, Federico Vela hacía señas con un pañuelo a su mujer, como invitándola a bailar. Mari-Pepa, muy seria y muy digna, dijo a sus amigos:

—Aquel señor parece que quiere bailar conmigo. ¿Ustedes qué harían? Yo creo que no debo despreciarle.

Y levantándose fué a su encuentro, se enlazaron amorosamente y se pusieron a bailar.

—¡Alberto, por favor! — exclamó Cristina al encontrarse a solas con su nuevo amigo—. ¡Por lo que más quiera, ayúdeme a salir de este compromiso!

—A sus órdenes... Déjeme reflexionar... ¿Y si fuéramos a bailar a otra parte?

—¡Oh... tiene usted demasiada imaginación!—replicó ella, desencantada y sarcástica.—¡Invente usted algo!

—En este siglo es muy difícil—con-

testó Alberto, que no perdía su calma habitual.

—¿Qué dirán si averiguan que usted no es mi marido?

—Eso a quien debe importarle es a su marido.

—Bien, pero usted...

—No olvide usted, señora, que yo no soy su marido.

—¿Si fuese usted mi marido me salvaría de este apuro?

—No haría falta... porque no estaría usted metida en él.

—Ante todo hemos de quitarnos de encima a esos pelmas—dijo Alberto, refiriéndose a Mari-Pepa y su marido que, terminado el baile, venían hacia ellos.

—Os presento a Federico Vela, un muchacho que acabo de conocer—dijo Mari-Pepa, siguiendo la broma a que eran tan aficionados—. Simpático, ¿verdad? Dice que está enamorado de mí.

—Mis intenciones son honradas—afirmó Federico, muy serio.

—Así, de pronto, parece formalito—rió Cristina. Y tendiéndole la mano le dijo con camaradería: ¡Hola, chico!

—¡Hola, chica!—contestó Federico, saludando en el mismo tono—. ¡Tiras estupendamente, como un gasógeno!... Y tú, amigo, ¿buena mujer te llevas!—añadió, dirigiéndose a Alberto—.

Procura seguir mi ejemplo y mi táctica: ¡no aburrirte!

—Clicquot extra seco, etiqueta amarilla—ordenó Alberto al camarero.

—Y a mí...—comenzó a decir Federico.

—...agua mineral—concluyó su mujer.

—¿Vilajuiga, Imperial, Insalos?—indagó el camarero.

—¿Tienes Insalos?—preguntó Federico, muy contento—. Pues, tráeme dos whiskys y un brandy.

La orquesta preludió un baile ultramoderno.

—¿Le gustan a usted las danzas acrobáticas, señora?—preguntó Federico, muy ceremonioso, a su mujer.

—¡Me deleitan!

—Os desafiamos a una competición—dijo Federico, dirigiéndose a los que él creía eran unos recién casados.

—Yo, francamente, no entiendo esos bailes...—murmuró Cristina, queriendo excusarse.

Pero Alberto se aprovechó de las circunstancias, y tomándola por la cintura le dijo, muy serio:

—Una mujer casada ha de amoldarse a la vida de sociedad...

Bailaron y bebieron sin medida. Aquel matrimonio Vela eran dos locos, y él un borrachín de cuenta, tanto que cuando se retiraron del restaurante y se fueron a casa, al llegar a

ella iba Federico hecho una cuba y Mari-Pepa bastante achispada. A ratos casi llevaban cogida de la mano a Cristina, que se resistía a entrar con todas sus fuerzas:

—¡Pero si son ya las tres de la madrugada!...—exclamó, apuradísima.

—¡Como si fueran las cinco!

—Serían las dos, serían las tres, serían las cuatro, serían las cinco, las seis de la mañanaaaaa—cantó Federico a toda voz.

—¡No sean tonta, mujer! — decía Mari-Pepa a Cristina, para convencerla—. Hemos de celebrar nuestro encuentro.

—¡Esto hay que mojarlo!—exclamó Federico, lanzando el grito típico del campesino mejicano—. Mari-Pepa, tú fuiste al colegio... y ella fué al colegio... y yo fui al colegio, pero ya no me acuerdo. Cómo se olvidan las cosas, ¿eh? Yo era tan joven que todavía era muy formal...

—Bueno, nos quedaremos un momento nada más. Hemos de regresar al hotel—dijo Cristina, sentándose a regañadientes.

—¡Cómo al hotel! ¿Teniendo unos amigos en Barcelona? ¡Vosotros os quedáis aquí!

—¡¡No!!—exclamó Cristina, aterrada, lanzando una mirada a Alberto que fingió no darse cuenta de ella, porque ahora ya le divertía la situación.

—¡Como me llamo Vela vosotros os quedáis aquí!

—¡No, no, no es posible!—se resistió Cristina.

—Vuestro matrimonio hay que mojarlo... Ya sé que lo que se moja son los bautizos. Pero este matrimonio...

—Nuestros equipajes están en el hotel—interrumpió Cristina.

—¿Y qué hacen allí? Decíles que vengán—replicó Federico con la terquedad del borracho.

—Voy a preparar vuestro cuarto — dijo Mari-Pepa.

—¿Nuestro cuarto?

—Sí, sí... y si no por qué os casabais. Las locuras se pagan...—dijo Federico, siguiendo a su mujer.

Al quedarse sola, Cristina estalló:

—¡La broma ha ido demasiado lejos! Convenza a estos amigos para que nos dejen marchar.

—No son amigos míos—replicó Alberto con indiferencia.

—¿Puedo saber qué es lo que se propone usted? ¿Se cree que voy a continuar esta farsa? ¿Que voy a pasar aquí la noche con usted?

—Yo no tengo la culpa. Fué usted la que dijo que yo soy su marido. A mí no se me hubiera ocurrido jamás.

—Saben que estoy casada. No conocen a Carlos. Me vieron con usted. ¿Qué otra explicación podía darme?

—Sí... método "Berlitz". "¿Tiene

usted, señora, a su marido? —No, pero tengo a un caballero de Bilbao.”

—¡Eso creí que era usted, un caballero!—murmuró Cristina, con desesperación.

—Pero, ¿qué puedo yo hacer?

—¡Vámonos!

—Sus amigos no nos dejarán.

—¡No importa! ¡Vámonos! —gritó Cristina en un arranque histérico, arrojándose en el sofá donde él estaba sentado y zarandeándolo por los hombros como si fuera un pelele.

Así les sorprendió Federico.

—¿No os da vergüenza quereros de este modo?—les preguntó.

—¡Vámonos! —volvió a decir Cristina.

—Bueno, Federico—intervino Alber-

to—. Ahora nos dejaréis marchar. Volvemos mañana.

—¡No te pongas cargante! Vosotros os quedáis aquí. Ya irá mañana alguien a traer vuestras cosas... Además, fíjate... ¿ves? ¡La llave de la puerta!... ¡Nada en las manos! ¡Nada en las mangas!... ¡Op!—gritó, imitando a un prestidigitador. Y arrojó la llave por la ventana al jardín—. Cuando venga mañana el jardinero él la encontrará.

—¡Federico! ¡Ya pueden subir! —gritó la voz de Mari-Pepa desde el piso superior.

Cristina, vencida por lo irremediable, se dejó conducir por Alberto, subiendo la escalera mientras Federico tarareaba la Marcha Nupcial.

Les dejaron solos en el cuarto que les habían preparado. Cristina se paseaba desesperada, mientras Alberto la miraba con sorna, y al ver el lecho exclamó, aterrada:

—¿Ve usted lo que ha hecho? ¿Ve usted?... ¡Pero, yo no me resigno! ¡Gritaré! ¡Llamaré al sereno!

—¡No, por favor!... ¡Qué ganas de despertar al sereno!... ¡No abra la boca!—ordenó él.

—Si es para respirar... —replicó ella, infantil y llorosa.

—¿Por qué escandalizar? ¿Por qué no quiere que estemos aquí juntos? Míreme a mí... ¡A mí no me importa que se sepa que estoy aquí con un portero de fútbol!—dijo él cómicamente serio.

—Y ahora... ¿qué va a pasar?—dijo ella, sin hacerle caso, con la mirada trágica y la voz sombría.

—¿Ahora? ¿Nada absolutamente? ¿O es que ha de pasar algo?

—Yo no sé...—replicó Cristina, desconcertada.

—¿A la fuerza ha de pasar algo? ¡Digame!—insistió él, apremiante.

—No... nada... nada... Pero yo no puedo fiarme de un hombre al que apenas conozco.

—Ya me irá conociendo.

—Es usted... muy extraño.

—Más extrañas son las mujeres. Usted, mujercita casada, honesta y fiel, ¿va usted a dejar de serlo por encontrarse a solas con un hombre? ¿Es usted quien dispone, las circunstancias, o su voluntad?

—De mí estoy segura... pero de usted...

—Yo nunca he creído que el estar al lado de una mujer, me obligara necesariamente a hacerle la corte. Y si a usted no me decido a besarla... espero que no se ofenda... Reconozco que es usted atractiva, encantadora, sin duda... Pero a mí, en esta ocasión... ¿comprende? ¡Qué le vamos a hacer!—dijo un sondo suspiro y entró en el saloncito contiguo a la alcoba, donde se quitó la

chaqueta y se puso un batín que Federico le había dejado. Luego fué a reunirse a ella de nuevo.

—Yo ya sé que no es correcto que me presente a usted en mi bata casera. Pero cálmese... ésta no es la mía, es de un amigo...

—¿Es absurdo! ¿Todo esto es absurdo!—decía Cristina, que estaba desconcertada por la calma de aquel hombre que no sabía si era ya cínico o inconsciencia.

—Señora... ahí tiene usted su cama—dijo Alberto, mostrando la gran cama de matrimonio que había en la alcoba—. Yo dormiré en aquel diván... Y mañana despertaremos como dos ratos.

—¿Y usted podrá dormir?

—Yo sí. ¿Y usted? Hubiera dormido mucho mejor en mi cama, claro está. Pero... ¡qué remedio!... Hace años vi una película en la que una pareja en situación parecida colgaba entre los dos una gruesa manta... Colguemos nosotros la oscuridad, que es más impenetrable todavía.

Y acomodándose en el diván, apagó la luz para que Cristina pudiera dormir sin temores.

A la mañana siguiente, ni Alberto ni Cristina habían pegado los ojos en toda la noche, pero permanecían tendidos él en su diván, ella en su cama, donde se revolvía nerviosa e impaciente.

—¿Alberto!—le llamó, titubeante.

—¿Qué pasa?—inquirió él, que estaba tumbado boca arriba, con las manos bajo la nuca y mirando al techo para ir matando horas.

—Quería decirle que es usted un hombre al que no comprendo.

—¡Vaya! ¿Y para eso se molestó en despertarme?

—¿Qué diferente es usted de cuantos he tratado! Creí que era difícil encontrar un hombre así... correcto, frío, desconcertante... como me hubiera gustado que fuera Carlos... Alberto, ¿no me oye? ¿Es que se ha dormido?—inquirió, al no escuchar respuesta por parte suya.

—¡Sí!—afirmó Alberto, muy convencido.

Y notando que ella se enfadaba, alargó la mano hasta alcanzar su chaqueta y acarició la flor que llevaba en el ojal.

Unas horas más tarde se deslizo suavemente hasta el teléfono, marcó un número y hablando con precaución para no ser oído por nadie, dijo al que le contestó:

—De parte de doña Cristina Gam-

boa, vete al Ritz y pide por su equipaje, y lo traes junto con el mío a casa de don Federico Vela... Eso, sí, don Federico Vela, Paseo de la Bonanova, 170...

Colgó el auricular. Acababa de hablar con su fidelísimo Fermín.

En seguida se dirigió a la rotonda, donde estaban esperándoles para el desayuno, Mari-Pepa y Federico, y los saludó alegremente:

—¡Buenos días, amigos!

—¡Buenos días! ¿Y Cristina?

—Bajaré en seguida. Se está arreglando y me dijo que no tardaría más de cinco minutos.

—¿Te dijo cinco minutos...?

—...hace media hora —contestó Alberto, muy serio y convencido.

—¿Qué plan tenemos hoy?

—Quiero llevar a mi mujer a una excursión por mar.

—¿Pero cenaremos juntos en el "Cactus", verdad? —interrumpió Mari-Pepa, mientras llenaba la copa de Federico con agua mineral y, volviéndose a él, le decía, mimosa: —Luego dirás que no te equivoqué. ¿Qué iba a ser de ti si yo me muriese y te casabas con otra?

—No, rica, yo no me casaría otra vez. Los que se casan dos veces no entran en el cielo.

—¡Si son dos veces mártires, y al cielo van los mártires! —exclamó Alberto, riendo con todas sus ganas.

Y Federico, filósofo, replicó:

—Van los mártires... pero no los tontos.

—¡Buenos días! —dijo Cristina, que llegaba en aquel momento.

—¿Has descansado? ¿Estás radiante! —le dijo Mari-Pepa con mucha picardía.

—¡Pues ya verás esta noche, después de la excursión por mar con Alberto!

—añadió Federico, mientras le estrechaba la mano.

—¿Una excursión por mar?... ¡Pero, Alberto! —exclamó Cristina, con acento de profunda indignación.

—¿Por qué te escandalizas? —inquirió Alberto con su mejor aire de inocencia. — ¿Es que tiene algo de particular que vayas de excursión con tu marido?

—Sin embargo...

—Contesta... dime... ¿tiene algo de particular?

—No, claro... pero es que no puedo salir a la calle así y el equipaje está en el hotel.

Alberto, con un gesto, mostró a "su mujer" el equipaje que en aquel momento entraba en la casa, traído por los criados del Ritz, por orden "expresa" de la señorita Gamboa.

...

No tuvo más remedio Cristina que ir con Alberto a la proyectada excursión por mar.

Iban los dos en un balandro, coasteando, sobre un mar en calma y ante uno de los paisajes más maravillosos de la tierra. Cristina miraba en silencio a Alberto, que conducía el balandro y, tras una leve excitación, le preguntó, bajando los ojos, porque la pregunta la turbaba:

—¿Usted ha pensado nunca en casarse, Alberto?

—Una vez... que del sarampión me subió la temperatura a cuarenta... ¿Con quién cree usted que iba a poder casarme?

—¿Es que no hay mujer que supiera hacerle dichoso?

—¡Tal vez sería yo el que no supiera hacerla a ella!

—No lo creo... Pero me parece que nos estamos alejando mucho de Barcelona... y quiero volver pronto.

—¡A Barcelona, Cristina, no volveremos nunca!—le dijo él con vehemencia y muy convencido, y dejando coquetear su fantasía continuó:—Este vulgar balandro será para nosotros un barco pirata en el que escaparemos hacia el Norte. ¡Navegaremos en busca del mar libre, al encuentro de la tempestad!

—Con tal que no tardemos en encontrarla... Porque... yo creo que me es-

toy mareando —dijo Cristina, que, en realidad, sentía los primeros síntomas del mareo.

Alberto, al darse cuenta de ello, dirigió el balandro hacia la costa y desembarcaron en una cala diminuta, completamente desierta, una de esas deliciosas playas de la Costa Brava catalana, en las que uno quisiera detener el tiempo para poder quedarse en ellas para siempre.

—¿Se siente usted mejor?—le preguntó Alberto, después que la hubo ayudado a desembarcar y la hizo pasear un poco por la arena para que sintiera bajo sus pies la tierra firme.

Y viendo que Cristina hacía un signo afirmativo, la hizo sentar junto a él, en un rincón delicioso de la diminuta playa y siguió divagando, dejándose llevar de su fantasía desbordada:

—Viviremos solos, frente al ancho mar... ¡Solos como en esta playa desierta!

Se detuvo un momento. Acababa de descubrir, tras unas rocas que las olas lamían, una tiendecita de campaña en la que se había ocultado presurosamente un individuo que sólo asomaba la cabeza por entre las cortinas y miraba a Alberto con expresión de angustia. Alberto fingió no enterarse de la presencia de aquel extraño, y como Cristina no podía verle, siguió diciendo:

—Cuando lejos de aquí nos sorpren-

da la noche, desembarcaremos cerca de la frontera francesa. Allá, en los Pirineos, en un valle ignorado de los hombres, tengo una cabaña de troncos a la que llegaremos por un sendero entre riscos, a través de la selva, trepando por picachos inaccesibles...

—¡Pero yo voy a llegar rendida!— exclamó Cristina, con expresión infantil.

—Usted se habrá desmayado... Yo la llevaré en hombros hasta mi cabaña y allí la acostaré y pondré su ropa a secar... Al amanecer el nuevo día...

—Comenzaremos también una nueva vida. Nadie volverá a saber de nosotros. Usted cazará liebres y perdices... y algún pajarito—dijo Cristina, que había comenzado en tono enfático y ahora hablaba ya con picara burla—. Los asaremos a la lumbre con mantequilla, que están muy buenos... ¡Fuera soplará la borrasca, los blancos copos de la nieve cubrirán nuestro techo!... ¡Y yo le haré un suéter, que con un poco de aspirina es lo mejor que se conoce contra la gripe!

—¡Passat!... ¡Passat!—llamó el individuo de la tienda, muy quedamente, haciendo señas a Alberto.

Este se hizo el desentendido y continuó:

—No acostumbro raptar a las mujeres. Pero a usted sería capaz de llevármela al fin del mundo.

—A un valle... a una cabaña... frente al mar... o en picachos inaccesibles... ya me lo ha dicho. ¿Y para qué?—le preguntó, como si le retara.—Pronto se cansaría de mí y me mandaría otra vez con mi marido... o a cualquier otra parte. ¿Es que de veras le importo?

—¡Passat!... ¡Passat!—insistió el desconocido desde su escondite.

—Sé que nada significa para usted—dijo Cristina, que no se daba cuenta de las persistentes llamadas del individuo al que ella ignoraba—. Para convencer a otras mujeres debieron bastarle unas mentiras fáciles, unas palabras de engaño. ¿Por qué necesita conmigo esforzarse tanto, mentir con más aplomo? Dígame, francamente: ¿qué quiere usted de mí?

—Y usted... usted...—murmuró Alberto, que hacía inauditos esfuerzos por no abrazarla fuertemente, por no sellarle la boca con sus besos, por no colmarla de las caricias que casi se le escapaban de las manos—. ¿Qué quiere usted de mí?

Se callaron los dos, porque la mutua pregunta podía ser contestada de manera estereotípica. Pasados unos minutos le dijo él:

—¿Y si yo le dijese que me propongo seguirla hasta Génova?

—¿Usted no hará eso! ¡No puede hacerlo!... No tiene usted pasaje...

—Tengo en la compañía naviera un amigo... Ayer me lo proporcionó — replicó Alberto con calma, sacando de su cartera el pasaje y mostrándolo a Cristina, que estaba llena de estupefacción.

Alberto iba aprovechándose de la ventaja cada vez mayor que sobre aquella mujer tenía, y mirándola fijamente, hablándole en tono apasionado, a media voz, casi al oído, siguió diciéndole:

—Antes me hizo usted una pregunta... cuando yo le hablaba de irnos a vivir lejos de todos. ¿Se atreve usted a repetírmela?

—Creo que todavía no puedo usted contestarla—replicó Cristina, muy emocionada, con un leve temblor en la voz.

—Puedo contestarla... pero necesito saber de antemano cómo recibirá usted mi respuesta... ¿La repite usted, Cristina?—preguntó, apremiante.

—¿Qué quiere usted de mí?—murmuró ella con un hilillo de voz.

Alberto se acercó más a ella y aprovechó la oportunidad para lanzarse por el camino que había venido trazando desde su salida de Barcelona:

—¡Te quiero a ti con toda mi alma! Y me da miedo quererte, porque sé muy bien lo que hago al interceptarte en tu camino... Pero, después de haberte encontrado, me falta valor para dejar que te marches... ¡Nosotros no tenemos la culpa de esto!

—¡Yo sí la tengo!—afirmó Cristina, con honda pesadumbre.

—¡Caballero! ¡Caballero! — llamó ya en tono más alto el individuo de la tienda.

Pero ellos no le oyeron.

—¡Lémosle de cara a la vida, a nuestra felicidad, sin mirar atrás, sin más preocupación que la de querernos!—exclamó Alberto con apasionada entonación.

—¡Pero yo estoy casada!

—¿Y qué guardas tú de tu matrimonio más que unos papeles y el recuerdo de tu vestido blanco?

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer?—inquirió ella, llorosa y atribuladísima.

—Marcharnos a aquel valle escondido. Luego, recorrer el mundo, queriéndonos siempre.

—¿Siempre, Alberto?

—¡Siempre! ¡Siempre!—exclamó él estrechándola entre sus brazos y convencido de que le decía la verdad.

—¡Pero, caballero!—gritó de nuevo el hombre extraño—. ¡Que me ha tirado usted al mar mis pantalones y no puedo salir de la tienda!...

Alberto creyó recordar que, mientras paseaba por la playa en amoroso éxtasis Cristina y él, había dado un puntapié, arrojándolo al agua, a un guapo que había visto en el suelo... ¡y

que eran los pantalones del solitario habitante de la cabaña.

Regresaron de aquella maravillosa excursión con el tiempo justo para cambiarse el traje y poder ir a cenar con sus amigos al "Cactus".

—¡Gracias a Dios que te ves a reir!

dijo Mari-Pepa, viendo a Cristina gozosa, riendo con todas sus ganas.

—Es que soy dichosa... — replicó Cristina, estrechando dulcemente la mano de Alberto.

—¡Ya ha logrado usted que se lo creyese!... Pero si tu marido resulta como el mío... ¡que me deja sola para que me falten al respeto! — murmuró Mari-Pepa, mirando a Federico que estaba, como de costumbre, unas cuantas mesas más allá de la en que estaba su mujer.

Cristina, Mari-Pepa y Alberto estaban en un rincón muy discreto. Desde él podía oírse muy bien la música, pero casi no se vislumbraba más que un pequeño ángulo del restaurante, de suerte que quedaban al socaire de miradas indiscretas.

Federico, desde su mesa, apartando

las hojas de una palmera que le impedía ver a Mari-Pepa, le hizo unas señas.

—¿Desea algo el señor?—le preguntó un camarero, creyendo que le llamaba a él.

—No... no es a ti—replicó Federico, haciéndole un gracioso guiño.

—¿No ves a ese imbécil que me está haciendo señas? — preguntó Mari-Pepa, por su marido, a su amigos.

De nuevo, Federico le hizo señas y otra vez el camarero se acercó:

—Mándeme el señor...

—¡Tampoco es a ti, hombre!—dijo Federico, indicándole, con una expresiva mirada, a Mari-Pepa.

—¡Qué atrevimiento!—exclamó ésta, siguiendo el eterno juego—. No conozco a ese insolente...

Federico escribió una tarjetita y llamó al camarero; pero éste, creyendo que se trataba de la misma estratagema de antes, no hizo caso, limitándose a sonreír con malicia, como diciéndole: "¡Ah, ya, ya estoy en el ajo!"

Viendo que, a pesar de sus repelidas llamadas, el camarero no se acercaba, Federico le hizo claros gestos de que era a él a quien llamaba y le dijo, cuando lo tuvo ante él:

—Haga el favor de entregar esta tarjeta a aquella mesa.

El camarero la llevó y Mari-Pepa se apresuró a recogerla y leyó en voz alta:

"Señorita: necesito hablar con usted. ¿Le gusta a usted el cine? Yo prefiero la raíz cuadrada de 12 y me llamo Fede."

—¡El pobre!... ¡Se llama "Fede"! —exclamó Mari-Pepa, dando una tierna mirada a su marido. Luego siguió leyendo:

"Despida usted a los pelmazos que la acompañan. Estoy enamorado de usted. Algunas veces me llamo Vela".

—Debo conceder una entrevista a ese Vela—dijo Mari-Pepa, levantándose—. Seguramente tiene algo importante que decirme.

Cuando Mari-Pepa se hubo alejado, Alberto, mirando a Cristina con sus ojos lánguidos y apasionados, le preguntó:

—¿Mañana?

—Mañana.

—¿Estás decidida? ¿Nos marchamos juntos?

—Con una condición.

—¿Na sé!... ¡Quieres que me afeite el bigote!—exclamó Alberto, fingiendo gran desolación.

—No... no soy tan caprichosa. Te pido solamente que estos amigos no sospechen nada.

—Bien. Ya les diré que no sospechen.

—Mañana embarcaremos como si nos fuéramos a Italia. Y apenas comiece-

mos el viaje saltamos a tierra y nos vamos a los Pirineos.

—¡Pero esto no es posible!

—¿Tan difícil es saltar a tierra? —preguntó Cristina, candorosamente.

—Verás... se juntan los pies... se toma impulso... No te enfades... Podemos regresar en la lancha del práctico. Pero no comprendo qué te propones con esto.

—¡Tonto, más que tonto! ¡Despistar a mi padre y a mi marido!... Tengo, además, la ilusión de que Fede y Mari-Pepa vayan a despedirnos.

—Lo mismo nos pueden despedir si nos vamos en tren.

—¡Mi ilusión es que sea en el barco!... ¿Y me lo vas a negar? —preguntó Cristina, pronta a coger uno de sus herriches de niña mimada—. ¿Me vas a negar la primera cosa que te pido?

—Bueno, bueno; está bien.

—¡Y luego, a los Pirineos, a nuestra cabaña!

—Nos esperará en la estación un carrito tirado por un caballo blanco —dijo Alberto, de mal humor, pues todo aquello ya no le hacía demasiada gracia.

—¡Oh, un caballo blanco!—palmeó Cristina, loca de júbilo—. ¡Con la ilusión que me hacen los caballos blancos!

Entre tanto, Mari-Pepa se había acer-

cado a la mesa de su marido e iba a beber un sorbo de agua de su misma copa. Pero Federico la detuvo, asustado:

—¡No!... ¡No bebas!

—¿Por qué... si es agua mineral?

—¡No bebas!—ordenó él.

—¡Ah, farsante! — exclamó Mari Pepa, que había ya llevado la copa a sus labios—. ¿Esto es agua mineral? ¡Esto es whisky!...

—¿Cómo!... ¿No es agua mineral?

¡Pues me voy al har a que me la sirvan!—dijo Federico, muy serio, dirigiéndose al har.

Iba a sentarse en una de las banquetas, frente a la que había ya servido una copa de whisky, pero el barman le detuvo:

—Perdone, don Federico, aquí no puede ser.

—¿Hay otro aficionado?

—¡Afinado a las conferencias telefónicas!—replicó el barman, señalando la cabina del teléfono—. Total, siete whiskys, seis conferencias... y seis vasos que ya lleva hechos polvo.

—Pero... ¿ha roto seis vasos?

—Uno por cada conferencia que no ha logrado.

El cliente salió furioso de la cabina telefónica y se acercó a la barra:

—¡Que no!... ¡Que no hay forma de que me den esta noche mi conferencia! —gritó con la lengua estropajosa, pues

estaba borracho como una cuba. Y volviéndose para cerrar la puerta de la cabina, lo hizo con tal impetu que saltó el cristal hecho añicos.

—¡Es usted formidable! — le dijo Federico que, aunque estaba algo más sereno que él, también había bebido más *agua mineral* que la que un cerebro normal puede resistir.

—¡Sí, señor, formidable! — replicó el cliente, y, presentándose, añadió—: ¡Soy Carlos Barroso!

—Y yo Federico Vela... un entusiasta admirador de su modo de romper cristales.

Siguieron los dos bebiendo. El alcohol les había hecho íntimos amigos en pocos segundos. Federico le contaba a Carlos chistes sin sustancia, que el otro no se tomaba el trabajo de reír, pero que celebraba apurando una nueva copa de whisky.

Pasado un buen espacio de tiempo, se acercó a la barra Alberto, y Federico, al verle, hizo grandes demostraciones de cariño hacia él, abrazándole fraternalmente, mientras decía:

—¿Tú aquí? ¡Lo que te estaba echando de menos! ¿No os conocéis?... Alberto, no me acuerdo el apellido... ese recién casado del que te hablaba hace un momento; Carlos, un amigo del alma, como un hermano, ¿sabes?... Carlos... ¿Cómo te llamas de apellido? — preguntó Federico, que no se

acordaba de nada, porque el whisky le había borrado todo lo que fuera sensato de la imaginación.

—Me llamo... me llamo...—replicó Carlos, tratando de recordar—me llamo Vela.

—¿Vela?—inquirió Federico, sorprendido—. Yo conozco a alguien más que se llama Vela.

—O soy yo... o eres tú el que se llama Vela...

—¡Vete a saber! ¡A lo mejor ni tú ni yo nos llamamos Vela!

Estaban los dos borrachos perdidos. Alberto, por decir algo, preguntó al desconocido:

—¿Vive usted en Barcelona?

—No. Ha venido a buscar a su mujer, que anda por ahí, no se sabe dónde. La ha perdido—explicó Federico.

—¡Bebo para olvidar!—exclamó Carlos, patético.

—¡Qué drama, ché!—suspiró Federico, al que le daba con frecuencia el vino "hispanoamericano".

—¿Usted cree, caballero, que una mujer se pierde como un paraguas?—indagó Carlos.

—Hay quien la pierde en un tranvía o en un café—dijo con convicción Federico.

—¿Usted está casado también?—interrogó Carlos, dirigiéndose a Alberto.

—Me casé en Madrid... en las Cala-

travas—respondió éste con su habitual aplomo.

—¿En las Calatravas?... ¡Lo miré que yo!—exclamó Carlos con amargura—. Sé que ella está en Barcelona, ¡pero no sé dónde! Por eso he venido en el avión a buscarla. Porque yo, aunque me esté mal el decirlo, quiero a mi mujer... ¡La quiero con ceguera, con toda mi alma! Pero... ¿usted cree, caballero, que una mujer se pierde así como así?

—Claro que se pierde—aseguró Federico—. ¿No has perdido tú a la tuya? ¿Quieres negármelo? Pues vamos a ver... ¿dónde está?... ¿Debajo de esta mesa?—indagó, levantando los manteles de la mesa más próxima y mirando debajo de ella—. ¿O tal vez de esa otra?

—Yo creo que estará por ahí—dijo Carlos, empezando a buscar también debajo de las mesas.

—¿Se tes ha perdido algo?—preguntó, muy atento, un caballero anciano.

—La esposa de un amigo mío—contestó Federico.

Aquello provocó la hilaridad del público, y comenzaron todos a seguir el jergo y fueron buscando debajo de todas las mesas.

En una de ellas, Carlos, en lugar de levantar el mantel, levantó las faldas de una señora entrada en años, muy

gruesa, que lanzó un chillido despavorido, escandalizada de tal audacia.

—¡Caballero! ¡Es usted un maleducado, un insolente!—rugió el marido, ofendido.

—¡Cálmese, por favor, ha sido equivocadamente!—dijo Alberto que, menos borracho que sus amigos, comenzaba a asustarse del cariz que tomaba la cuestión.

—Ya que no está debajo de las mesas, busca en la orquesta—sugirió Federico.

Carlos fué hacia allá. La orquesta tuvo que parar la música. Hubo un escándalo formidable. La gente reía y los dos amigos, Federico y Carlos, buscaban por todos los instrumentos de viento, como si allí pudiera estar enroscada una mujer.

Cristina y Mari-Pepa, desde su rincón, oyeron el escándalo, pero no veían a qué era debido.

—¿Qué es esto?—preguntó Cristina, levantándose y disponiéndose a ir a averiguar qué pasaba.

—¡No, no mires! ¡No puede ser nadie más que mi marido! ¡Cuando bebe no hace más que atrocidades!

—¿Algún de esos caballeros, venía con ustedes?—les preguntó un camarero, acercándose a ellas.

—¿Con nosotras? ¡Qué va!—afirmó Mari-Pepa, sofocadísima.—¡Si no los conocemos!

—¡Apenas de vista—aseguró Cristina.

—Y con ganas de perderlos de idem—dijo Mari-Pepa, cogiendo del brazo a su amiga y arrastrándola hacia el guardarropa para tomar sus abrigitos y salir disparadas, antes de que el escándalo las envolviera a ellas también.

Pocos minutos después de haber salido las dos muchachas, llegaba Carlos a la mesa que ellas habían abandonado y se encaraba con un caballero respetable, al que dijo, iracundo, en su formidable borrachera:

—¡Usted ha sido!... ¿Qué ha hecho usted de mi esposa?

—¿Y de la mía? ¿Qué ha hecho usted de la mía?—inquirió, a su vez, Federico.

—Ustedes me confunden, señores—dijo el caballero, muy serio.—Yo no soy Landré.

Mari-Pepa y Cristina salieron del restaurante, subieron al auto y se marcharon hacia su casa. En el trayecto, Mari-Pepa, que iba hecha una furia, decía a su amiga:

—¡Mira que tu marido!... ¡Es otro fresco tu marido!... ¡Dejarte tan pronto!

—¿Mi... "marido"?—replicó Cristina, angustiada.—Verás, Mari-Pepa, sobre esto he de contarte algo grave... muy grave—dijo, con afañ de confidencia y de desahogo.

Alberto, al enterarse de que las dos

muchachas se habían marchado, salió en pos de ellas.

—Las señoras se han llevado el coche—le dijo el portero del "Cactus" cuando él reclamó su auto.

Entonces tomó un taxi y le hizo ir, a todo gas, hasta el hotelito de los Vela. Vió, en el jardín, su propio auto parado, y entró de rondón en el vestíbulo en busca de Cristina, pero salió a recibirle, con cara de juez, Mari-Pepa que, puesta al corriente de todo por su amiga, estaba decidida a cortar por lo sano con un juego que podía muy bien acabar en tragedia.

—¿A dónde va usted, señor Lacanale? — le interrogó, severa.

—¿Dónde está Cristina? — inquirió él a su vez, muy extrañado del tono en que le hablaba Mari-Pepa y que estaba en abierto desacuerdo con su natural modo de ser.

—¿Encerrada en su cuarto?

—¿Encerrada?

—¿Encerrada, sí, señor! Como ha de estarlo quien se olvida de sus deberes.

—¿Esto sólo les pasa a los chicos de la escuela!—exclamó Alberto queriendo echar a broma la cuestión.

—¡No! ¡Se acabó la farsa! ¡No llevará usted más lejos su audacia!

afirmó Mari-Pepa que se había constituido en salvaguarda de la moral.

—Tengo derecho a verla — dijo él.

desconcertado, no sabiendo a qué atenerse.

—Usted sabe que no le asiste ningún derecho.

—¿Cristina!... ¿Cristina! — gritó entonces Alberto con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Alberto! ¡Alberto! — gritaba Cristina desde su habitación, golpeando la puerta con los puños cerrados, como si quisiera derribarla.

—¡Déjeme usted! — dijo Alberto a Mari-Pepa, intentando apartarla a un lado para que le dejara paso y poder correr a libertar a Cristina.

—¡No ha de pasar!... ¡Tengo yo la llave de esa habitación!

—Pero... ¿puede saberse qué es lo que ocurre? — inquirió Alberto impaciente.

—¡Ocurre que usted no es el esposo de Cristina y que ha abusado de la hospitalidad de un matrimonio respetable! — replicó Mari-Pepa en tono melodramático.

—¡Vamos, no exagere!... ¿Qué ha contado Cristina?

—Me lo ha contado todo. Y lo más grave es que está enamorada de usted y dispuesta a cometer una locura.

—¿De veras? — preguntó Alberto muy halagado, sonriendo íntimamente complacido en su orgullo de varón—.

—¿Usted cree que está enamorada? ¿Y

creyendo esto se atreve a contrariar sus deseos?

—¡Ea una chiquilla que no sabe lo que se hace!—exclamó Mari-Pepa en mujer sesuda.

—Vaya, Mari-Pepa... ¡suéltela usted! Por lo que más quiera... Por la buena memoria de su esposo...

—¡Usted no ignora que mi esposo vive!

—Pero no la olvida... Por eso digo "por la buena memoria".

—Déjese de bromas. Ya sé sus intenciones; ya conozco el cuento de la cabaña y el carrito... y el caballo blanco.

—¿También ha contado lo del caballo blanco? — preguntó con indignación, pensando que Cristina era mas tonta aún de lo que él se imaginaba.

—Cristina me pidió consejo. Yo quiero evitar que se entere de esto mi marido. Para usted la noche donde pueda, pero no en esa alcoba... Y mañana, a primera hora, se marchará a donde quiera, de modo que todo quede entre los tres.

—Es que yo quiero a Cristina...

—¡Jajajá...! — rió Mari-Pepa—. ¡No me haga usted reír! ¡Usted no se ha enamorado nunca!

—¡Basta! — exclamó Alberto, perdiendo la paciencia—. ¡Deme usted esa llave o hago un estrepicio!

—¡No se la daré!

—¡Deme la llave!

—¡No, no, no y mil veces no!

Alberto comenzó a perseguir a Mari-Pepa que se refugiaba detrás de los muebles, saltaba por encima de las sillas, brincaba por las mesas, buyendo de aquel energúmeno que le quería arrebatar la llave.

—¡Criminal! ¡Asesino! ¡Monstruo! —le gritaba Mari-Pepa, mientras se defendía como Dios le daba a entender.

Cristina, desolada, desde su alcoba, no cesaba de gritar a voz en cuello:

—¡Alberto!... ¡Alberto!...

Mientras, Mari-Pepa y Alberto seguían en la persecución enconada, haciendo tal ruido y removiéndose de tal forma los muebles, que el mayordomo y la doncella acudieron a ver qué pasaba.

Cegados de sorpresa fingieron estar jugando:

—¡No me coges!... ¡No me coges! —rió Alberto, en tono infantil.

—¡Orí!... ¡Orí!... —replicó Mari-Pepa en el mismo tono.

Y cuando los criados, tranquilizados, se retiraron, volvieron a su furia y a su ira. Mari-Pepa fue alcanzada por Alberto; forcejearon los dos, rodaron al suelo y en aquel momento se oyó la voz de Federico en el vestíbulo que llamaba, dificultosamente, después de haber lanzado su típico grito mejicano:

—¡Mari-Pepa!... ¡Mari-Pepa!

Federico venía más borracho aún y traía tan borracho como él a su nuevo amigo, al que le decía con lengua torpe:

—Pasa, hombre, sin cumplidos... Como si estuvieras en tu casa.

—¡Ah! ¿Cómo en mi casa? Está bien — contestó Carlos quitándose la americana que lanzó al aire.

—A los amigos hay que ahorrarles molestias — dijo Federico. Y viendo bajar a Mari-Pepa y Alberto en muy buena armonía, añadió: ¡Hola, Alberto! Así me gusta, que hagas tan buenas migas con Mari-Pepa. ¿Y tú mujer?

—¿También se le ha perdido a usted, caballero? — inquirió Carlos en tono lúgubre, mientras se quitaba los zapatos y los arrojaba por el aire.

—Parece que se encuentra algo indispuesta — replicó Alberto vagamente.

—Y yo tendré que pasar la noche con ella — añadió presurosa Mari-Pepa. — Por si le sube la fiebre!

—¿Por qué ha de molestarle usted? Me basto yo solo para atenderla — afirmó Alberto que estaba furioso por la intromisión de Mari-Pepa en sus asuntos sentimentales.

—¡No faltaría más! ¡La atenderé yo! — dijo ésta secamente.

Se oyó, amortiguada por la distancia, la voz de Cristina que llamaba a Al-

berto. Mari-Pepa, alarmada, puso en marcha la gramola y fué subiéndola de tono hasta que quedó por completo apagada aquella voz.

Carlos arrojó uno de sus zapatos contra la gramola, porque le molestaba el ruido. Mari-Pepa se quedó asustada por aquel gesto y no insistió.

Alberto salió al jardín. Estaba desesperado. Se aseguró de que nadie le veía y se precipitó al pie del balcón de la habitación en que estaba encerrada Cristina arrojando una piedrecilla para llamarle la atención. Al ver que nadie se asomaba, volvió a arrojar otra piedrecilla contra los cristales.

Cristina, dándose cuenta de que alguien la llamaba desde el jardín, salió al balcón.

—¡Cristina! ¡Cristina! — suspiró él.

Ella le contestó unas palabras inteligibles.

—¿Qué dices? — preguntó él.

Volvió a hablar Cristina, pero lo hacía tan bajito por miedo a ser oída, que Alberto no entendía jota de lo que le decía.

—¡No te entienda!... ¡Espera! — dijo, encaramándose por el tronco recio de una enredadera marchita, teniendo que hacer verdaderos alardes de equilibrio para no caer y debiendo adoptar una postura violenta para sostenerse a una altura conveniente que le permitiera hablar con Cristina.

—¿Por qué has hecho eso, mujer? ¡Mira que contarle a Mari-Pepa!...

—Creí que me comprendería — replicó Cristina, llorosa—. Pero se puso hecha una furia.

—¿Y cómo te has dejado encerrar?

—Mientras discutíamos, me cogió de sorpresa... ¡y echó la llave!

—No sé qué haremos... Esta situación se pone cada vez más difícil... ¡Y me voy a romper la crisma! — exclamó, sintiendo que le resbalaba un pie y haciendo esfuerzos por no caer.

—¿Qué más da?... ¡No te apures por tan poca cosa! — suspiró Cristina, por todo consuelo.

Luego, volviendo al tema que la preocupaba, añadió:

—Mañana nos iremos de todos modos. Y si Mari-Pepa no va a despedirnos... ¡mejor!

—¡Cristina, tengo una idea! — exclamó Alberto de pronto, radiante de dicha.

—¡Ay, no me asustes!

—Salta al jardín... y nos veremos ahora mismo.

—¡Formidable!... Voy a buscar mis cosas.

—¡Pero no tardes, por Dios!

—¡Si no me llevaré nada! ¡Lo más indispensable únicamente!

Desapareció Cristina y Alberto se quedó pasando los máximos apuros para mantenerse en su violenta posición.

Desde su sitio vió cómo Cristina comenzaba a amontonar sobre la baranda del balcón todo su equipaje: sombrereras, cajas, maletas, paquetes. Miró a todo aquello aterrado y gritó en tono de angustia:

—¡Date prisa, que es tarde!

—Voy... amor mío... voy... — replicó Cristina, sacando todavía tres o cuatro cosas más.

—¡Acaba, por favor! — rogó Alberto que sentía se le iban acobando las fuerzas.

—¡Ya estoy!... ¿Cómo salto? — preguntó ella, midiendo con la vista la distancia que la separaba del suelo—. Dame tú la mano.

—¿Pero cuál? ¡Si las necesito todas para sostenerme! — explicó él, comenzando a sudar de angustia—. No es posible que saltes... ¡Si yo encontrase una escalera! ¡Aguarda!

Alberto bajó trabajosamente y, cuando ya pisaba tierra firme, le dijo Cristina:

—¡Cuidado, que puedes caerte!

Alberto le dirigió una mirada no muy afectuosa y comenzó a buscar por el jardín alguna escalera de mano. La encontró apoyada en un árbol que estaba a medio podar, y cargó con ella. Al pasar frente a la verja que daba a la calle, el sereno, que se paseaba por allí, le preguntó solícito:

—¿Qué le pasa, señorito?

—Voy a buscar nidos — replicó Alberto de mal talante.

—¿Nidos por la noche?

—¡Sí!... ¡De murciélagos! — replicó, alejándose malhumorado.

Con la escalera al hombro cruzó el jardín y se encaminaba hacia el pie del balcón donde Cristina le aguardaba cuando, al cruzar frente al hall, se encontró con Carlos que, sentado en el último peldaño, se estaba atando los zapatos, mientras Federico, de pie junto a él, esperaba que terminara esta operación.

Federico al ver a Alberto salió a su encuentro.

—¡Pero hombre...! ¿A dónde vas con esa escalera? — le preguntó.

—Pues... mira... es que... — balbució Alberto que estaba como zorro cogido en la trampa. Y adoptando por indignarse, añadió hecho una furia: — ¿Vas a privarme, ¡caray!, de que vaya con una escalera?

—¿Y a dónde va usted con esa escalera? — inquirió Carlos, no menos extrañado.

—Iba... iba a subirme a un árbol — replicó Alberto, diciendo lo primero que se le ocurrió. — ¿Vas a privarme también de este gusto? La noche es espléndida y me encanta oler desde allá arriba las mimosas.

—¿Tú has oído alguna vez las mimosas? — preguntó Federico a Carlos.

—No sé... pero lo de subirse a un árbol no es una tontería — dijo Carlos que seguía tan borracho como Federico.

—¡Qué ha de ser! ¡Si es una de las cosas más serias que he oído!

Cristina, que había visto que Alberto hablaba con Federico, se había apresurado a recoger de nuevo su equipaje encerrándose otra vez en su habitación en espera de los acontecimientos.

—Vamos a subirnos los tres a un árbol — ordenó Federico.

Apeyaron la escalera en un árbol, subió primero Federico y luego Carlos, sentándose en las primeras ramas. Desde allí llamaron a Alberto que dudaba:

—¡Eh, tú, el de las mimosas, sube!

A regañadientes subió también y se sentó.

—¿Y ahora qué haremos? — preguntó Federico después que llevaban allí sentados algunos minutos.

—¡Que se suba también la escalera! — sugirió Carlos.

—¿Cómo quiere usted que suba la escalera? — preguntó Alberto furioso.

—¿Pero las escaleras no son para subir? — dijo Carlos con una lógica aplastante.

—¡La escalera?... — preguntó Federico al que había asaltado una idea luminosa. — ¡Ya está! Jugaremos al poker.

—Para jugar al poker se necesitan cuatro y no somos más que tres — arguyó Alberto.

—Pero si somos cuatro...

—Y se necesitan tres...

—Nos hace falta uno...

—O si somos uno...

—Y se necesitan tres...

—Nos hacen falta cuatro...

Eran los dos borrachos los que hablaban y se armaban tal galimatías. Federico, cansado, añadió:

—Se necesitan tres... tres... tres...

Tres en un árbol
ya está bien
Para ver cuatro
faltan tres...

Obligaron a Alberto a que les coreara, lo que hizo éste forzado por la imposible terquedad de los borrachos.

Y así cantaron, los tres, por turno la siguiente canción:

Federico.

Somos tres,
cubidos en un árbol.
Somos tres,
que pasamos el rato.
No te pongas así
por favor,
que si estamos bien aquí
cubir más es peor.
Somos tres,
y tres que no trabajan.
¿Para qué
si la vida es fugaz?
Tú verás
y al fin comprenderás
que es la dicha en este mundo
no hacer nada, y nada más.

Federico y Carlos

Estribillo

Tú verás, tú verás, qué chulado estás,
no te subes más, porque al fin caerás.
Si te mueves tendrás un fatal destino.

Carlos

(En tono fúnebre)

Somos tres,
cubidos en un árbol.
Somos tres,
que un ratito pasamos.
No me digas a mí que he de hacer
por estar cubido aquí,
si me fué mi mujer.
Somos tres,
que penas y que sufrida.
Mi mujer, ya no vuelve jamás.
Tú dirás
pues cástate y verás,
que te quedas al fin solo,
como un hueso y nada más.

Estribillo

Federico, Carlos y Alberto

Alberto

(Furioso)

Somos tres,
cubidos en un árbol.
Ya está bien
que pasemos el rato.
Pero dime tú a mí,
si hay razón
para estar colgado aquí,
como cuelga un jamón.
Somos tres,
tres patas para un hancón.
Puede que,
te diviertas quizá.
Tú verás
y al fin comprenderás
que en el árbol podremos
tres mochuelos nada más.

Estribillo

Federico, Carlos y Alberto

—¿Qué hacía ahí? — le preguntó Mari-Pepa que había salido al jardín para ver qué atrocidad estaba cometiendo su marido.

—Ya lo ves... estirando las piernas — le contestó Federico.

—¡Majaderos! ¡Borrachos!

—Escucha, sol... — comenzó a decir Federico, muy meloso.

Pero Mari-Pepa estaba fuera de sí y continuó increpando, dirigiéndose ahora a Alberto.

—¡Y usted también! ¡Majadero! ¿No le da vergüenza... a sus años?

—¿Qué quiere usted, señora?... ¡Son compromisos de sociedad! — replicó Alberto que estaba furioso.

—Anda, encanto... sube un ratito y jugaremos al poker — le dijo Federico, que estaba empeñado en jugar y buscaba al cuarto.

—¿Que yo suba? ¡Vamos!... ¡Mira tú qué mones!... — replicó ella, volviéndoles la espalda desdenosa.

Federico intentó dormir, tumbándose en el cruce de unas ramas. Carlos sacó su pitillera, ofreció a Alberto un pitillo y se pusieron a fumar en silencio. Pasado un rato Carlos murmuró:

—Bueno, amigo, ¿no cree usted que un árbol no es el sitio más indicado para encontrar a mi mujer?

—¿Está usted muy enamorado de su mujer? — inquirió Alberto por decir

algo, pues le importaba un ardite que lo estuviera o no.

—¡Mucho! — afirmó Carlos. Y con eufemismo añadió—. ¡Y ella de mí!

—¡Bah, no diga usted eso!... ¿Quién puede estar seguro de que le quiere su mujer?

—Yo.

—¡Las mujeres son el mismo demonio y uno nunca sabe...!

—Pues yo me casé enamorado con una que me adora — porfió Carlos, emocionándose por momentos—. Siempre la querré igual... y ella me querrá siempre también.

—No sea presuntuoso — murmuró Alberto irritado por el tonillo de seguridad de su interlocutor—. Le está hablando un hombre que ha conocido a muchas mujeres... y fué rechazado por muy pocas... Sin embargo, nunca me atreví a asegurar que me quisieran.

—¡No habrá usted conocido más que birrias! — exclamó Carlos.

—¡Oiga, oiga!... ¿Usted, por lo visto, es el único hombre del que no se ha burlado nunca una mujer?

—Sí, señor. Y usted no habrá tratado a ninguna mujer decente cuando habla así.

—¡A usted le tomaran el pelo! ¡Se le fingirían muy decentes para atrapar-lo!

—¡Yo tengo en mi mujer absoluta confianza!... ¡Porque la merece!—afir-

mó Carlos con tal énfasis que hizo enmudecer a Alberto.

Cristina se había asomado al balcón para ver qué había sido de Alberto, pero no podía verles en aquella cómica postura arriba del árbol, porque éste estaba situado en la esquina opuesta del jardín.

Los dos hombres seguían hablando.

—¡No se puede hablar con tontos! —aseguró Alberto después de un breve silencio.

—¡Pues cállese! — le contestó Carlos con mucha lógica.

—¡Es usted un majadero!

—¡Más que usted!

—¡A mí no me diga usted eso!

—¡Lo digo y es verdad!

—¿Verdad? — dijo Alberto a punto de agredirle.

—¡¡Verdad!! — aseguró Carlos, comiéndoselo con los ojos.

Llegaron a las manos, forcejearon, aguantando sobre las ramas un equilibrio tan inestable que, a los pocos momentos, habiendo Carlos metido su puño en el ojo de Alberto, éste, medio cegado por el golpe, cayó al suelo despedido del árbol como una pelota.

Cristina pudo ver cómo Alberto caía y tuvo que taparse la boca para no lanzar un grito de angustia, corriendo a encerrarse de nuevo en su alcoba, pues comprendió que su presencia era inoportuna en aquellos momentos.

—¡Baje usted, báñara, baje usted y arreglaremos cuentas! — gritaba Alberto que había conseguido levantarse.

—¡Claro que bajo! — replicó Carlos descolgándose del árbol como un modernísimo Tarrín—. ¡Aquí me tiene!

El sereno se paseaba por la calle haciendo sonar acompasadamente su rhuco y de pronto se puso a silbar aquella tonadita milagrosa... la "canción de Carlos"...

Carlos, que estaba dispuesto a lanzarse contra Alberto, al escuchar la canción se detuvo, empezó a llevar el compás con la cabeza, silbó, a su vez, su canción favorita y, serenándose ya por completo, sonrió con beatitud a su contendiente.

Alberto quedó a su vez paralizado ante el cambio de actitud de su enemigo y Federico, desde las ramas del árbol, medio adormilado, gritó:

—¡Mari-Pepa!... ¡Para la gramola!

Carlos seguía cantando su canción-cilla favorita y, de pronto, Alberto tuvo la revelación: se acordó de lo que Cristina le había contado de su marido y exclamó con el mayor pavor:

—¡¡¡Usted!!! — pero se contuvo a tiempo.

—Perdón, amigo mío — le dijo Carlos con aquel aire bonachón que tenía cuando no estaba iracundo—. Tengo un genio imposible, y como hoy he be-

lido quizá demasiado... ¿Se ha hecho usted daño?

—No vale la pena — replicó Alberto llevándose la mano al ojo dañado que se le estaba hinchando por momentos.

—Venga, cójame de mi brazo... Si casi no ve... Yo le llevaré hasta la casa... Vamos, despacito...

Le conducía como una Hermana de la Caridad y le trataba con dulzura.

—No lo digo para halagarle, ¡caramba!... — exclamó Alberto, procurando que su tono fuera tan dulce como el del que se había erigido en su enfermero—. ¡Pero es usted muy bruto!

—Sí... soy muy bruto... Lo bueno que tengo es que no me lo aguantó — replicó Carlos riendo.

Llegaron a la casa, y Carlos instaló a Alberto en un diván del vestíbulo y él se sentó en una silla de mimbre a su lado.

—Ya que nos hemos peleado tan a gusto... — comenzó a decir Alberto al que se le empezaban a cerrar los ojos de sueño.

—Como buenos amigos — asintió Carlos.

—He de repetírle que no se fie de las mujeres.

—Cuando usted lo dice...

—Mis razones tengo. Quisiera que nos viéramos frente a frente como dos rivales. Basque usted a una de esas mu-

jeres en quien tanto confía y déjela en mis manos cuarenta y ocho horas. ¡Cuarenta y ocho horas! — remarcó, intencionadamente—. Ya ve que no es mucho. Yo le quitaré a esa mujer, demostrándole que todas llevan la inconstancia en el alma. ¿Acepta usted esa prueba?...

—Aceptada — contestó Carlos, tarareando su canción.

Alberto le miró sonriéndose maquinalmente y se fue durmiendo poco a poco merced por sus propios sueños.

Hasta las seis de la mañana durmió Alberto plácidamente. Cuando despertó, Carlos no estaba a su lado. Se despertó golosamente y se llevó la mano al ojo. Lo debía tener terriblemente hinchado. El puñetazo había sido certero.

Cuando se creía estar completamente solo y estaba casi seguro de que en la casa todos dormían, oyó a su espalda la voz de Mari-Pepa que le preguntaba con mucha severidad:

—¿Todavía no se ha marchado usted?

—Ya ve que no.

—¿Y qué hace ahí?

—Espero a Cristina.

—¡Pera hombre de Dios! — exclamó Mari-Pepa mirándole y soltando la risa a todo trazo—. ¿Qué tiene usted en ese ojo?

—No sé — contestó Alberto con mal-humor.

—¿Y el amigo ese que nos trajo Federico?

—No sé... desapareció como el humo — respondió con indiferencia. Pero de pronto se acordó de la cuestión que tenía pendiente con Mari-Pepa y levantándose furioso fué hacia ella con las manos extendidas, diciéndole:

—Y ahora, nosotros dos, arreglaremos cuentas... ¡Ahora sí que va usted a darme la llave!

—No hace falta... Cristina ya está libre — respondió Mari-Pepa con absoluta tranquilidad.

—¿Que está libre?

—Sí, Alberto... ¡y soy tuya! — exclamó la propia Cristina que avanzaba hacia él radiante de dicha.

Pero al verle el rostro se detuvo y preguntó, decepcionada:

—¡Ay!... ¿Pero qué tienes en el ojo?

—Un golpe que me...

—¡Ah, sí, ya te vi cuando te caíste... ¿Con la escalera, verdad?

Mari-Pepa avanzó hacia ellos y dirigiéndose a su amiga le dijo en tono severo:

—Cristina... ¿qué decides? ¡Fíjate bien en lo que te juegas!

—¡Me marcho con Alberto! — replicó Cristina con resolución herálica.

¡Me llevará en la palma de la mano!... —añadió, embelacada.

—No irás muy lejos... ¿verdad? — inquirió Mari-Pepa al oír aquello.

—¡A nuestra cabaña! ¡En el caballo blanco! — exclamó Alberto que se sentía feliz por el triunfo, cogiendo amorosamente las manos de Cristina.

—¡Pero no me quites la ilusión de embascarme!...

—Bien... pues hay que darse prisa para tener tiempo de todo — apremió Alberto.

Mari-Pepa miró compasivamente a su amiga y murmuró:

—Después de todo... ¡allá tú! ¡Eres tú misma la que ha de decidirlo!

—¡Ah!... ¿Por eso la ha saltado? — preguntó Alberto, irónico.

—Por eso y porque armaba un escándalo de mil diablos. Yo no quiero que Federico se entere. ¡Tiene tan serenos principios!

—¡Que no se anda por las ramas! — comentó Alberto muy divertido.

—¡Y en un día como hoy! — exclamó Mari-Pepa con inefable expresión. — ¡En que todavía no ha helado!... ¡Mírela usted qué sereno baja! — añadió viendo a Federico que, muy tieso, con mucho aplomo, sin dar el más ligero traspié, descendía la escalera.

Federico, con la misma seriedad, se

acercó a Alberto, le miró fijamente y le dijo:

—¡No es nada lo del ojo!... — y se echó a reír, comenzando a contar un cuento al que era muy aficionado—. Veréis... una señora tiene invitados a cenar y va y le dice a la cocinera... ¡Veréis qué gracia tiene!

Hablaba trabajosamente, con la lengua torpe, a medias palabras, y se reía con una risa imbécil.

Mari-Pepa, llevándose las manos a la cabeza, se dejó caer desplomada en un sillón. ¡Su marido estaba borracho como una cuba... como de costumbre!

En aquella misma hora, aproximadamente, Margarita, la antigua amiga de Alberto, llamaba a la puerta de la casa de éste en Barcelona. Le abrió la puerta Fermín y, al ver que era aquella "flor que ya se había deshojado" le interceptó el paso.

—Déjeme usted pasar... Soy Margarita.

—No puede usted pasar... Es Margarita — replicó Fermín, un poco sarcástico.

—¿Para ver a Alberto he venido desde Madrid!

—¿No sabe lo que se va a alegrar el señor! — suspiró Fermín, con voz muy cómica.

—¿Oh!... ¡qué! ¿qué que Alberto me quiere! — exclamó Margarita, sin captar la burla que había en el tono de Fermín.

—¿Quién lo duda? Acaba de telefonar diciéndome que le recoja el coche en el puerto...

—¿Alberto no me olvida!

—¿No puede olvidarla!... Embau-

ca dentro de media hora para Génova.

—¿Para Génova? ¿Solo?

—¡Oh! ¿Qué le sa!

—¡Yo lo sé!

Fermín no tuvo tiempo de replicar, porque Margarita bajaba ya las escaleras tan precipitadamente que parecía poseída del demonio.

En el muelle, la motonave que estaba dispuesta para zarpar con rumbo a Italia, había lanzado ya su primera señal de aviso dejando escapar el lamento lúgubre y prolongado de su sirena.

Alberto, conduciendo él mismo el coche, llegó en aquel momento acompañado de Cristina, que iba radiante, de Mari-Pepa, que se mordía los labios con ira, y de Federico, que continuaba hecho una cula y no se daba cuenta de nada.

Cristina miraba constantemente a Alberto, con una mirada inquieta, y era que el rostro de éste, desfigurado por el golpe del ojo, no ofrecía grandes atractivos para el momento culminante de la huida...

—Lo del ojo se te está hinchando cada vez más—le dijo, al pie de la pasarela—. ¡Cómo te desfigura!

—¡Con tal de que la lancha del práctico no nos falla! — comentó Alberto que iba muy preocupado por aquella extraña combinación de volver a tierra tan pronto como el buque hubiera levado anclas.

Cristina quería mirarle cariñosamente para darle ánimos, pero cuando le veía el ojo amoratado, hinchado, amarillento en los bordes, tenía que apartar rápidamente la vista para no sufrir una sacudida, porque realmente le daba un aspecto muy cómico.

De pronto se quedó Cristina profundamente pálida y, llena de asombro, miraba hacia un taxi que acababa de detenerse a poca distancia de ellos.

—¿Qué te ocurre? — le preguntó, Alberto extrañado.

—¡Vete!... ¡Vete! — dijo Cristina, y se acercó corriendo hacia aquello que la había hecho palideseer, y exclamó con la voz entrecortada por la emoción:

—¡Carlos!... ¡Carlos!...

—¡Cristina! — gritó Carlos, viendo a su mujer en el muelle y corriendo como un loco hacia ella.

Se abrazaron estrechamente, desesperadamente, como dos naufragos que al fin se ven a salvo después de haber

rezado ya muchos actos de contrición en espera de una muerte cierta.

—¡Cristina!... ¡Cristina! — repetía Carlos sin cesar, mientras la colmaba de besos—. Estaba seguro de encontrarte aquí. Vi tu nombre en las listas de pasajeros. Gracias, vida mía. Ahora sí que voy a ser feliz. Te he buscado como un loco. Pero nunca dudé que te embarcarías para ir a reunirme conmigo—aseguró Carlos con tal convicción que Cristina sintió toda la bajez de sus coquetearías y sus liviandades.

Mari-Pepa, que acaso sentía aún más que Carlos la dicha de aquel momento, se acercó a Alberto y le dijo con maliciosa intención:

—¡Como no se busque usted otra esposa!... ¿Eh? — y le señaló el ojo sano, como dándole a entender que también peligraba.

Alberto miró por todas partes en busca de alguna posible "conquista" que pudiera sacarle momentáneamente de apuro, pues Federico estaba allí. Carlos estaba allí, los dos le tenían casado y él no tenía ahora mujer que presentar, cuando, de pronto, vió a Margarita que venía en su busca, y le pareció que era el cielo quien se la mandaba para ayudarle en aquel atolladero en que estaba metido.

—¡Mai darling! — exclamó Margarita, contenta al ver la sonrisa de bien-

venida que Alberto le dispensaba—. Me esperabas, ¿verdad?

—¿Que si te esperabas!... ¡Y tú no sabes cómo! — aseguró Alberto.

—Me adoras... *N'ey po?*

—¡Eres un encanto!

—Ya sé que nos vamos a Italia... He tomado mi pasaje.

—*Olé rai* — replicó Alberto, imitándola en su manía de decir palabras extranjeras mal dichas.

Y la llevó al grupo formado por Cristina y Carlos, Mari-Pepa y Federico, para presentarla.

—Yo ya la conozco — murmuró Federico con su lengua estropajosa, saludando a Margarita y, mirándola fijamente, añadió, como si hablara consigo mismo: — ¡Pero cómo ha adelgazado esta chica!...

—Pues yo también puedo ya presentarles a mi esposa — dijo Carlos con orgullo, mostrando a Cristina que no sabía qué cara poner en aquellas circunstancias.

—¿Cómo?... ¿Por fin la encuentras? — preguntó el borracho, mirando también muy fijamente a Cristina. Y se preguntó: — ¿A quién me recuerda esta muchacha?

La sirena del barco sonó dos veces.

—Van a quitar la pasarela — dijo Margarita.

Hubo las despedidas de ritual: besos,

abrazos, palmadas en la espalda, buenos deseos de feliz viaje.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—No me gusta ir en barco — dijo Federico al estrechar la mano de Carlos—. Siempre parece que uno ha bebido.

—¿Y esa te molesta? — le preguntó Carlos con ironía.

—Sin haber bebido, sí — afirmó Federico con mucha convicción.

Se separaron los que quedaban en tierra de los que iban a zarpar. Alberto, como si algo se le hubiera olvidado de pronto, dijo a Margarita:

—Espérame un momento. Vuelvo en seguida.

Corrió a su coche, cuyo motor Fermín había ya puesto en marcha, y le dijo a éste en tono melancólico:

—Espérame, Fermín... Vuelvo a casa...

El criado asintió con la misma melancolía. Bajó de su asiento, abrió la portezuela a su amo y esperó a que éste subiera al coche.

Entre tanto habían ya levantado la pasarela, levantado las amarras y el barco comenzaba a maniobrar con lentitud para separarse del muelle. Cristina y Carlos, apretujados uno contra otro, mirándose amorosamente, sonreían felices, correspondiendo a los saludos

que desde tierra les dirigían Mari-Pepa y Federico.

Mientras Margarita, desesperada, veía con ojos de terror cómo iba creciendo la distancia que separaba al buque del muelle y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Alberto!... ¡Alberto!...

Federico se dio cuenta de lo bonita que era aquella muchacha que gritaba desde la cubierta, y dijo con el aplomo que le daba su borrachera:

—¡Me llama a mí!...

—¡Pero Federico! — murmuró Mari-Pepa con indulgente paciencia.

—¡Yo soy Alberto! ¡Me llama a mí! — porfió él, adelantándose tan al borde del muelle que parecía iba a lanzarse al mar.

—¡Vas a escribir al mar, Federico! — exclamó Mari-Pepa, sujetándole por un brazo.

—¡No importa!... ¡Me tragaré el mar!

—¡Federico!... ¡¡¡Que es agua!!! — le replicó su mujer con acento trágico.

Federico dio un salto atrás horrorizado al oír aquellas palabras mágicas y no volvió a acordarse de la muchacha que en cubierta llamaba desesperadamente.

Alberto se quedó mirando fijamente el barco que se iba alejando. Nada tan triste como esas despedidas marítimas que se prolongan con morbosa compla-

cencia. Son como una larga agonía en la que se siente que cada fibra va muriendo poco a poco con un desgarramiento doloroso y cruel.

Al fin se decidió a subir a su coche y se sentó junto a su criado que le miró con una birona de sorna y le dijo:

—Nos estamos aburguesando, señor.

Luego le entregó el dictario y la estilográfica, en silencio, como si todo comentario fuera inútil.

Alberto abrió el dictario por aquella hoja en que tenía que haber escrito "su más codiciada victoria". Suspiró. Leyó el nombre y la fecha:

"Cristina; 17 de junio de 1912..."

Y escribió a continuación: "Cuarenta y ocho horas"...

El auto arrancó y se dirigió hacia la ciudad. Al embocar la Vía Layetana tuvo que dar un violento frenazo. Habían estado a punto de atropellar a una mujer elegantísima, guapa, que iba a cruzar la calle llevando cogido de una correa a un perrito de esos que hay que esforzarse por creer que son realmente perros...

Alberto, galante, se descubrió y dijo, mirando a aquella señora tan atractiva:

—Señora... ¡cuánto lo siento!

—¿No haberme atropellado? — replicó ella sonriéndole maliciosa y provocativamente, pues también ella se ha-

hía dado cuenta de que el caballero era distinguido, guapo y... maleable.

—¿Por el susto?... — replicó ella, coquetísima—. He tenido mucho gusto...

—Si me permite... la acompañaré hasta su casa — ofreció Alberto.

Fermin, muy circospecto, cogió del jarroncito del coche una flor, se acercó a su amo, y se la puso en el ojal de la americana. Alberto sonrió con un

gesto de inteligencia a aquel fiel mayordomo que tan comprometido estaba con él, cedió el brazo a la dama, que subió al coche con su perrito, y se sentó a su lado, mientras Fermin pasaba a ocupar su puesto ante el volante.

Y el coche se puso de nuevo en marcha... como de nuevo se había puesto en marcha la rueda de la vida de aquel frívolo galán canoso y con patas de gallo...

FIN

En prensa:

Emociones cinematográficas de un figurante

Apuntes del natural,
en los estudios, por

Ramiro Marquès

Libro ameno, interesante. Acertadísimas
escenas de humorismo. Sueños de artistas.
Aspiraciones de los figurantes.
Ilusiones y realidad.

Ilustraciones de B. MONTSERRAT

**Memorias que ningún aficionado al
Séptimo Arte debe dejar de leer.**

Haga sus encargos seguidamente a su librero habitual

EDICIONES BISTAGNE



